

2687

FEDERICO OLIVER

=

# EL CRIMEN DE TODOS

DRAMA EN TRES ACTOS



MADRID

LIBRERÍA INTERNACIONAL

15, NÚÑEZ DE ARCE, 15

1916

4



Digitized by the Internet Archive  
in 2014

# EL CRIMEN DE TODOS





FEDERICO OLIVER

---

# EL CRIMEN DE TODOS

DRAMA EN TRES ACTOS



MADRID

1916.



A

MARIANO BENLLIURE

SIN ADJETIVOS

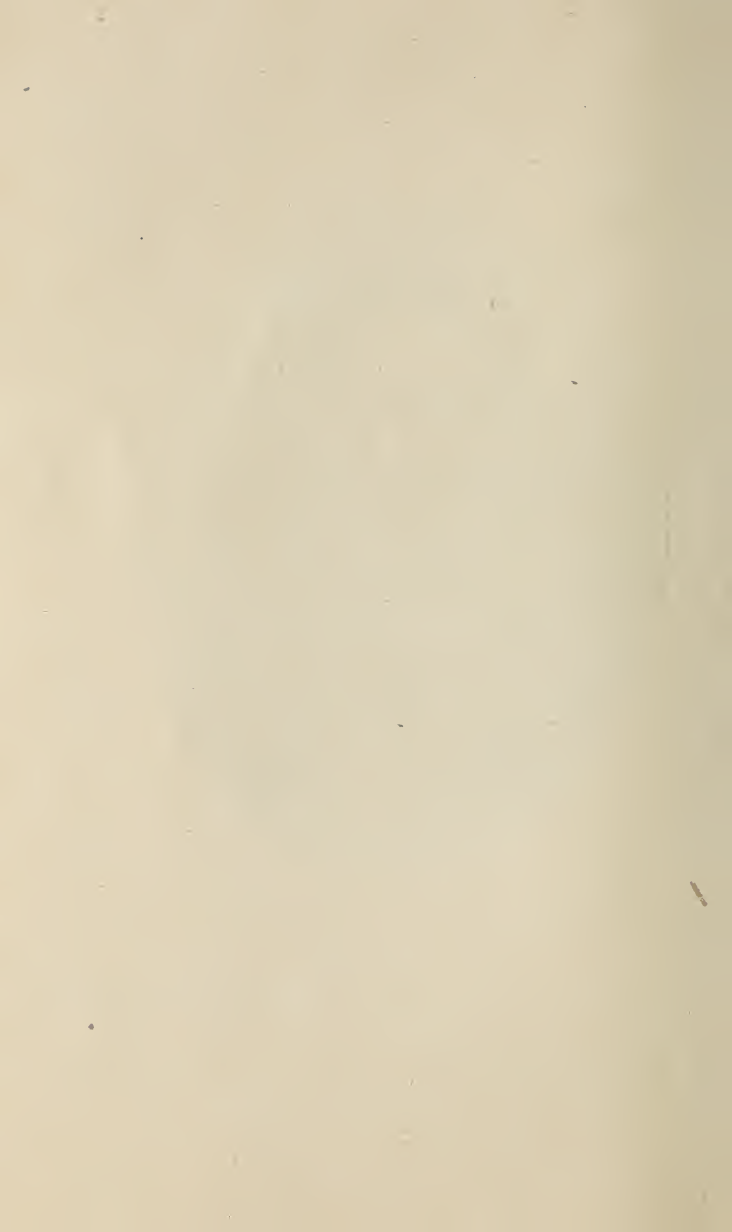
FEDERICO OLIVER

672453





FEDERICO OLIVER



# REPARTO

## PERSONAJES

LA SEÑORA PAULA...  
AMALIA.....  
GREGORIA.....  
PETRA.....  
EUDOXIA.....  
SALVADOR.....  
PACO.....  
DON ANTONIO.....  
EUSEBIO.....  
CRISANTO.....  
JONIO DE HISPALIS...  
RAMIRO CUESTA.....  
PEPE.....  
EL SEÑOR HIGINIO...  
UN REPARTIDOR.....  
UN VISITANTE.....  
EL DUEÑO DEL CAFÉ..  
UN UJIER.....  
CHULO 1.º.....  
CHULO 2.º.....  
CHULO 3.º.....  
EL SERENO.....

## ACTORES

CARMEN COBEÑA.  
CONCHA RUIZ.  
CARMEN JIMÉNEZ.  
BLANCA JIMÉNEZ.  
ELISA PÉREZ LUQUE.  
ALFONSO MUÑOZ.  
JOSÉ DE LA CALLE.  
LEOVIGILDO RUIZ TATAY.  
RAFAEL COBEÑA.  
EMILIO MESEJO.  
JOSÉ GONZÁLEZ MARIN.  
FEDERICO GONZÁLVEZ.  
ENRIQUE CANTALAPIEDRA.  
JOSÉ TRESCOLI.  
JOSÉ GONZÁLEZ MARÍN.  
JOSÉ TRESCOLI.  
JUAN SANTA CRUZ.  
} ANDRÉS BABE BOTANA.  
JUAN SANTA CRUZ.  
ANTONIO MARTINEZ.  
CARLOS BERENGUER.





## ACTO PRIMERO

La escena representa el interior de una portería en los barrios bajos. Hay una puertecilla encristalada que da al interior de la casa. En el interior de la portería se ven tres habitaciones mezquinãs ocultas al espectador por raídas cortinas. Una camilla en el centro. Estampas en las paredes. Son las horas del amanecer. Suenan unos golpes en la puerta de la calle. Otros golpes en un cierre metálico. Dan las siete en un reloj de torre. Seguidamente repite las siete un timbre de horas. Poco después, al abrir Salvador, se oye en dirección de la calle rasguear de guitarra y murmullo de juerga próxima.

### ESCENA PRIMERA

No hay nadie en escena. SALVADOR y la señora PAULA están dentro. El SERENO habla desde la calle.

SERENO

Dentro.

¡Señora Paula! ¡Señora Paula!

SALVADOR

¡Val...

PAULA

¡Ya va! .. Que ya es la hora, hijo.

SALVADOR

Dentro, bostezando.

Ya lo sé, madre, ya es la hora de salir del catre...

Oyese ruido como si se levantara de la cama.

¡Maldita sea la!... Se está tan bien encamao... Es el único sitio donde no tengo penas...

¡Entra y sale a medio vestir.

Mientras duerme un pobre es tan rico como el que más, y si el pobre es mozo como yo lo soy, y tiene ilusiones como yo las tengo, pongo por caso, entonces más todavía, que el pobre como yo, como es valiente, sueña con los bienes de la fortuna; y el rico, como suele ser cobarde, sueña con que le quitan lo que tiene. Esto te lo digo yo, porque tengo ilusiones, madre.

PAULA

Te levantas parlero...

SALVADOR

Como los gorriones, que también son pobres.

PAULA

¿Estas contento?

SALVADOR

Sí...

PAULA

¿Por qué?

SALVADOR

Porque voy pa hombre de provecho. Ayer tarde me dijo el maestro que desde la semana que viene me sube el jornal dos realiyos.

PAULA

¿Y por qué no me lo dijiste anoche?

SALVADOR

¿Con la bronca que tuve con Paco? El dis

gusto fué muy grande, madre, y se me pasó decírtelo.

PAULA

Con pena.

Es verdad.

SALVADOR

Yo no transijo con mi hermano. Sobre to si sigue por el camino que ha emprendío.

PAULA

Bajando la voz,

Tienes razón, pero calla.

SALVADOR

¿Por qué?

PAULA

Señalando a la alcobã de Paco.

Porque puede oírte.

SALVADOR

¿Oirme? En siete sueños estará.

PAULA

Pos llámalo.

SALVADOR

Llámalo tú, que yo no quiero na con él.

PAULA

Hay que ver mi sino, señor, estar entre dos hijos que se mascan, pero que no se tragan.

SALVADOR

Bueno; déjalo estar.

PAULA

Más vale.

SALVADOR

Se dirige a una jofaina que hay en un rincón y se lava.

¡Brrrr!... ¡Qué frío! Está el agüita que te hiela el corazón.

PAULA

¿Te falta mucho?

SALVADOR

Ya estoy casi arreglao.

PAULA entra en la alcoba de donde  
salió SALVADOR.

PAULA

Desde dentro.

Oye, oye...

SALVADOR

¿Qué haces, tú?

PAULA

Que has gastado media bujía.

SALVADOR

Es que estuve leyendo hasta las tantas.

PAULA

¿Ves? Pos eso no me gusta.

SALVADOR

Y si no leo, seré un desgraciao. Otros tienen la diversión en la tasca; yo no; a mí no me estorba lo negro. Y si por cuestión de tiempo no leo de día, pues leo de noche, y san se acabó.

PAULA

Pero se lo robas al sueño, criatura; y a más gastas media bujía ca noche y no estamos, que se diga, pa gastos extraordinarios. Luego me da un aquel de mieu muy grande que haiga fuego en la casa. Ya que lees, bueno; pos lee; pero no fumes a la par.

SALVADOR

Pierde el cuidao, madre, que no están los tiempos pa tabaco. Ayer no fumé mas que dos pitos y pa eso me regalaron uno. Por más que ahora, con los dos reales que me han subío, me dejarás dos perras pa chupar yo sólo por mi cuenta, ¿verdad?

PAULA

Anda, anda; abre la puerta de la calle y cierra el pico.

SALVADOR

Como quieras.

Sale al portal y abre la puerta de la calle.

Que entre la gracia de Dios...

PAULA

Entornando la puerta de la alcoba de Paco para evitar que entre la luz.

Ajá...

SALVADOR

Volviendo.

¿Vas a despertarlo?

PAULA

Ya escampa. Lo que hago es quitarle luz pa que duerma mejor. Ya sabes tú que Paco no da el ombligo hasta las doce.

SALVADOR

La madrugá del pellejero, que le daba el sol en la cara y decía que era un lucero.



PAULA

Como escuchando en la puerta de la alcoba.

¡Calla!

SALVADOR

¿Qué?...

Ligera pausa.

PAULA

¿Está durmiendo?

SALVADOR

Yo no lo oigo resollar.

PAULA

Eso es que estará achantao en la cama y a la escucha de lo que tú mermuras.

SALVADOR

¿Pa qué dices mermuras, y haiga, y achantao? Esas son expresiones que no están bien y tú no las dirías si no se las oyeras a Paco, que

no se le cae de la boca la órdiga y el órdago, éle y pa chasco, y miau, y ninchi y toas las expresiones del arroyo que algunos escritores llevan hasta el teatro con la disculpa de que son saineteros; pero nosotros, los del pueblo bajo, no debemos contribuir a eso. Los pobres, pa ser menos pobres, debemos hablar mejor. Yo ya lo procuro y me limpio to lo que puedo de las malas palabras, que las más de las veces decimos por rutina.

PAULA

¿Me quiés dejar de latas? ¡Miá éste por donde sale ahora! ¡Ni que fueras academo!

SALVADOR

Académico, madre; si es que lo permites...

PAULA

Por mí...

SALVADOR

Teniendo como tengo la voluntad de ser mejor de lo que soy, más cerca estaré de ser

académico—con estar muy lejos y ser pa mí una utopía—que de ser quincenario; cosa que está muy cerca del que se emperra en ser peor de lo que es... Yo seré un cursi, como dice mi hermano. Más vale ser un cursi que ser un chulo. El cursi, que es el "quiero y no puedo" tiene a lo menos el "quiero". El chulo ni una cosa ni otra, porque es la negación del ciudadano. Un pueblo de cursis puede ser un pueblo de hombres si llega el caso; un pueblo de chulos será esclavo siempre del vicio de serlo.

PAULA

¡Mi madre! Lo que sabes...

SALVADOR

Por eso yo quiero mejorar de condición, y si es verdad que no me pudiste dar una carrera; me metiste, a lo menos, en un taller de ornamentista; y mia tú lo que son las cosas; como el maestro ha visto que me doy maña pa la escultura, el maestro me ha dao a modelar unos frisos Renacimiento que se me duermen los deos de gusto mientras trabajo. Por lo demás, ya sabes lo que hago: aprendo dibujo en la escuela de Artes y Oficios; tengo una recomendación pa

el Círculo de Bellas Artes pa aprender el natural, y don Antonio, el abogado, que tanto nos distingue, va a conseguir de un escultor tan grande como Don Mariano que entre yo en su estudio a modelar... Me muero de gusto de pensar que eso llegue. Es una alegría muy grande subir a lo alto desde lo bajo. Hay una voz que le dice a uno desde chico lo que va a ser en la vida; y ésta, que escucho yo solito, me dice que yo seré algo más que un triste jornalero. Claro está que esas cosas no se las digo a nadie pa que no se rían de mí; pero se las digo a mi madre y a las cuatro paredes de mi casa. Por eso me llâma cursi mi hermanito.

## ESCENA II

Dichos y un REPARTIDOR de periódicos.

REPARTIDOR

Buenos días, señora Paula.

PAULA

Que los tenga usted muy buenos.

REPARTIDOR

Ahí tié usté el A B C pa don Arturito, el vecino del entresuelo derecha.

PAULA

Déjelo usté ahí, en esa silla.

REPARTIDOR

Dejando el periódico.

Y dígale usté a don Arturito que ya son siete meses de A B C los que me adeuda; lo cual que son un número de perros que ni una exposición canina. Esto se lo dice usté con diplomacia, porque es curial y tié que ser el pago por las buenas; pero, ¡rechufa!, leer el A B C de gorra con lo que le cuesta a don Torcuato la información, ya no es un *abecé*, es un *abusó*; y que se me perdone el chistecito, ¿eh? que hay que hacer de to pa alternar en sociedad, y no está ni medio mal que derroche el ingenio un repartidor cotidiano y matutino. Saluqui.

Váse.

## ESCENA III

Dichos menos el REPARTIDOR

SALVADOR

Viendo que su madre se dispone a salir.

¿Adónde vas, madre?

PAULA

A por churros pa ti.

Vase la señora PAULA.

## ESCENA IV

SALVADOR SOLO.

SALVADOR

¡Pobre madre! ¡Si no fuera por ella!...

Coge el periódico.

Vamos a ver lo que dice el A B C.

Breve pausa, mira inquieto a la alcoba de su hermano.

Y na, que no se le oye ni la respiración. Si...

Llamando a pequeños intervalos; primero en voz baja, luego más alto.

¡Paco!... Paco... ¡Paco!... ¡Que si quieres! ¿Será verdad lo que me pienso?

Levantándose.

Yo voy a verlo.

Abriendo la puerta de la alcoba de su hermano.

¿No lo dije? La cama sola y el pájaro suelto. ¡Muy bonito, hombre, muy bonito! ¡Valiente... canalla!

Vuelve a tomar el periódico y a sentarse. Se oye la guitarra en lá calle.

## ESCENA V

SALVADOR y la señora PAULA, que vuelve.

PAULA

Aquí están los churros.

Deja los churros encima de la camilla y entra en la cocina.

SALVADOR

¿Estará recalentao el café?

PAULA

Volviendo con un pucherete.

Ya está bueno.

SALVADOR ayuda a su madre, colocando dos tazones, azucarero y cucharillas encima de la mesa. Desayunan.

SALVADOR

¿Te ha pasao algo?



PAULA

Na.

SALVADOR

Te veo así como enfadá.

PAULA

No; es que he pasao por delante de la puerta de la taberna del señor Higinió a tiempo que entraban cinco señoritos de estos chulones, que no guardan respeto a nadie y que no dicen más que palabrotas.

SALVADOR

Irritado de pronto.

¿Se metieron contigo?

PAULA

Quita, hombre; ¡valiente fuguilla eres! Esos sinvergüenzas no se meten más que con las niñas bonitas.

SALVADOR

¿Te han faltao, madre?...

PAULA

¡Qué no, tonto! Lo que pasa es que hay expresiones que le sacan a una los colores a la cara por muy vieja y muy corrida que se sea. Eso es lo que pasa. Cosas de hombre.

SALVADOR

Yo sé cómo se limpiaba esa morralla de la vía pública. No hay mañana que no tropiece con señoritos juerguistas... Como los extremos se tocan, nos tropezamos en los amaneceres los que vamos a ganarnos la vida con los que la tiran a puños.. Cuando nosotros nos levantamos, ellos se acuestan.

PAULA

¿Y qué le vamos a hacer, si así es la vida?

SALVADOR

¡Qué va a ser eso la vida! ¡Qué va a ser!

PAULA

Hijo, estás desencajado. ¿Qué te pasa?

SALVADOR

Que tengo que reventar, madre. Que estoy rabiando de indignao que me pongo. Que esta conversación se relaciona con que tu hijo Paco, no ha dormido esta noche en casa.

PAULA

Llamandó.

¡Paco!

SALVADOR

No te canses, que no está.

PAULA

¡Dios mío de mi alma!

SALVADOR

No te apures.

PAULA

Eso, que no me apure.

SALVADOR

Pues ¿qué vas a hacer?

PAULA

Si es mi hijo, si es tu hermano...

SALVADOR

¡Ya, ya!

PAULA

Si no me llega la camisa al cuerpo de pensar que pueda pasarle una desgracia, por atolon-drao, por mala cabeza.

Observando la aparente indiferen-  
cia de SALVADOR.

No lo tomes así, Salvador.

SALVADOR

Pues, ¿cómo voy a tomarlo?

PAULA

Con esa pachorra, con esa risita que te asoma a la cara. Tú no quieres a tu hermano.

SALVADOR

¿Cómo voy a quererlo si te da mala vida?

PAULA

¡Pues eso no, eso no, hijo mío!

SALVADOR

¿Cómo voy a quererlo si no mira por tu descanso?

PAULA

Ya verás cómo cambia, Salvador.

SALVADOR

Sí, sí...

PAULA

Pero un hombre, ¿no puede remediar un vicio que tenga?

SALVADOR

Según: si no es más que un vicio, bueno; puede salvarse. Un hombre puede ser borracho y

quitarse del vino; jugador y salvarse de la timba. Pero eso es cuando se tiene el vicio solo, no cuando se complica con un veneno muy malo, que es la chulería; porque la chulería es una cosa así como la santificación del vicio. Por eso, el chulo vicioso tiene como una honra el serlo; porque halaga el orgullo del hombre que se tiene por de pelo en pecho, eso de no saber ná de ná, cambiar la taberna por el taller, ser matón con las mujeres y canalla con los hombres. Y eso, eso es lo que tiene mi hermano: la vanidad de la chulería metía en los huesos, y con ese veneno allí dentro no hay salvación pa él ni pa muchos que están en su caso.

PAULA

Es verdad; es una pena decirlo, pero es verdad.

Ligera pausa:

Y luego, desde que lo ha plantao la Amalia, está peor que peor...

SALVADOR

¡Pobre mujer! ¡Sabe Dios lo que le tendrá sufrir! Yo no la conozco y la disculpo.

PAULA

Dicen que es buena, y que le quería... ¡Qué lástima! En fin, me voy a la compra.

Toma cesto y mantón.

SALVADOR

Yo me quedaré al cuidao de la portería. Son las siete y cuarto y hasta las ocho no entro en el taller.

PAULA

Lo que te pido por la Virgen del Carmen es que si viene Paco antes que yo, no le regañes.

SALVADOR

Bueno.

PAULA

Por Dios, hijo, que anoche os pusisteis a matar. Tú, que vales más que él, contente.

SALVADOR

Descuida.

PAULA

Y si te falta, lo perdonas y te callas... ¿lo harás?

SALVADOR

Sí.

Vase PAULA.

## ESCENA VI

SALVADOR y GREGORIA, que baja con una cestá.

GREGORIA

Felices.

SALVADOR

Que ha vuelto a sentarse y a tomar el *A B C*.

Que los tenga usted muy buenos, Gregoria.

GREGORIA

¿No está la señora Paula?



SALVADOR

Acaba de salir pa la compra.

GREGORIA

Tengo que decirla, sabusté, que la Udosia, la de cuerpo de casa, me está quemando la sangre más de lo regular, y está metiendo un cisma, u como se diga, entre el señorito y la señorita en contra mía, que no hay pelo que salga en un huevo frito que no diga que es de mi pertenencia; y to porque tengo las tenacillas y el espejo junto al fogón. Y si no fuera más que eso, menos mal; pero la señorita es tan delicá, que se ahoga con un cabello, y como ya son varios, me estoy haciendo intransitable en la casa.

Viendo que Salvador no levanta la vista del periódico.

¿No me contesta usted?

SALVADOR

Estoy leyendo.

GREGORIA

Salta a la vista. ¿Y puede saberse qué es eso tan intelectual que le embarga el sentío?

SALVADOR

Unos salvajes que atropellaron anoche a una mujer, y en un sitio céntrico.

GREGORIA

¿Qué fué? ¿Qué fué?

SALVADOR

Lo de todos los días; que pasaba una muchacha por la acera de Gobernación, y unos sinvergüenzas la corrieron por las calles, propasándose con ella, hasta que tuvo que terciar un caballero que sacó la cara por la chica.

GREGORIA

¡Habrás visto la niña!

SALVADOR

Atónito.

Pero, ¿condena usted a la chica?

GREGORIA

Por lo menos no la indulto. Hay cada tobillera por esas calles, que le digo a usted que saben más que la justicia, y que se traen una combina de repiquetear los talones y de dar cadera, que vamos, piden a cá paso una rotura de hostilidades, y, ¿qué quieren los hombres? Pues el chupen del bote femenino, si può ser.

SALVADOR

Pero aunque así sea, Gregoria. ¿No sabe usted que una mujer, por bajo que haya caído, merece respeto?

GREGORIA

¡Ay, hijo, lo veo a usted malamente!

SALVADOR

Pero, ¿es que a usted no le duelen las vejaciones que hacen en la calle con una mujer, na más que por ser mujer?

GREGORIA

¡Ave María! ¡Ni el Quijote, dos tomos, edición popular!

SALVADOR

Vamos, hombre, vamos, que esto lo explica to. Si el agraviao no toma la parte de su defensa, bien mereció lo tiene.

GREGORIA

Pero, ¿qué está usted diciendo?

SALVADOR

Que se vaya usted a la escuela.

GREGORIA

¡Pa chasco! Yo no voy a eso, ni me vacuno.

SALVADOR

¡Ah, tampoco se vacuna usted!

GREGORIA

¡Pues no está usted modernista! Ni yo ni mis cinco hermanos, que a mamporros recibió mi padre en una ocasión a los practicantes y doctores del Municipio que se empeñaron a la trágala en esa porquería.

SALVADOR

Desabrido.

Ca uno tiene lo que se merece.

GREGORIA

¿Va usted a darme lecciones de moral? La culpa la tengo yo, que me entretengo en la portería con Don Antonio Maura. Vaya, abur.

Vase.

SALVADOR

Volviendo a leer.

Y luego dicen, señor...

## ESCENA VII

SALVADOR, en escena. AMALIA y CHULOS 1.º, 2.º y 3.º, dentro.

Oyese dentro, muy acentuado, el rasguear de una guitarra y las voces de unos chulos que jalean el cantar. Empieza a oírse una copla, que se interrumpe a la mitad. Y luego confuso murmullo de piropos, gritos de mujer y risotadas.

CHULO 1.º

Dentro.

Ven acá, paloma.

CHULO 2.º

Dentro.

¡Qué arisca eres!...

AMALIA

Dentro.

¡Quieto, digo!

SALVADOR

Soltando el periódico.

¿Quién da voces?

La disputa de la calle sube de punto, oyéndose el vocerío cada vez más cerca.

## ESCENA VIII

SALVADOR y AMALIA que viene perseguida por los CHULOS.

CHULO 1.º

Dentro.

¡A ver si te doy!

CHULO 2.º

¡Pues no te pones tú moños!

AMALIA

¡Granujas!

AMALIA entra atropelladamente en el portal; los CHULOS se detienen un momento.

¡Golfos! ¡Que os metéis con una mujer sola!

CHULO 1.º

Amenazando.

Es que atufas de bonita.

CHULO 2.º

Se acaba el hombre y se impone el satírico...

AMALIA

¡Socorro!

SALVADOR

Adelantándose.

¡Pierda usted cuidao, que aquí estoy yo!

CHULO 1.º

¡Anda, leñe! ¿Pué saberse de dónde ha salío este germanófilo?

CHULO 2.º

¿Es que rompe el pollo la neutralidad?

CHULO 1.º

El cascarón será lo que habrá roto.



AMALIA

A SALVADOR.

No se meta usted con ellos, que son muchos.

CHULO 1.º

¿Es el novio por un casual?

SALVADOR

Temblando de ira.

¡Soy quien soy, y al que se acerque lo tiendo!

Toma un formón y lo esgrime.

AMALIA

¡Socorro!

CHULO 1.º

A Salvador.

¿Ties herramienta?

SALVADOR

La del oficio. Pa ganarme la vida me basta con ella. ¡Pa los guapos, me sobra!

CHULO 1.º

¡Ay su madre!

SÁLVADOR

¡Canallas!

CHULO 2.º

Al 1.º

Ahuequemos, tú.

CHULO 3.º

No es cosa de entrar a darle una azotina.

CHULO 2.º

Va a ser un allanamiento de morada.

CHULO 1.º

Nos veremos, pollo.

Se van los chulos; unos chiquillos curiosos se agolpan en la puerta.

## ESCENA IX

SALVADOR Y AMALIA.

SALVADOR

Excitadísimo.

¡Maldita sea! ¡Hay momentos en que uno no repara en na! ¡Hay momentos en que una perdición se mete por las puertas de una casa decente, y por pacífico que sea uno tiene que reventar, que no hay cosa que incite a derramar la sangre como verla en las llagas de los enfermos y de los sanos, cuando es en el corazón donde las tienen!... ¡Maldita sea!

AMALIA

¡Cálmese ustedé, por Dios!

SALVADOR

Encarándose con los chicos que hay en la puerta de la calle.

¡Ea! ¿Qué pasa? ¡Fuera de la puerta! ¡A fisgar a otra parte!

Se van los curiosos.

AMALIA

Ni un guardia, ni na. Paece mentira.

SALVADOR

No salga usted en un rato.

AMALIA

Que Dios le pague a usted el haber sacao la cara por mí.

SALVADOR

Está usted asustá; ¿quiere usted agua?

Llena un vaso de agua y se lo ofrece.

AMALIA

Es la primera vez que me defienden.

Bebe.

Hasta los que me quieren, me atropellan...

SALVADOR

¿Está usted más tranquila?

AMALIA

Gracias a usted.

SALVADOR

¿Venía usted a esta casa?

AMALIA

Sí, señor; aquí mismo.

SALVADOR

¿Aquí?

AMALIA

A la portería de la señora Paula. ¿No es ésta?

SALVADOR

Esta misma.

AMALIA

Ya caigo. ¿Usted es el otro hijo de la señora Paula; ¿verdad usted?

SALVADOR

Sí, señora. Y usted es la Amalia; la novia de mi hermano Paco.

AMALIA

Cabal.

SALVADOR

Pues mire usted por donde me alegro de conocerla. No hace ni diez minutos que hablaba de usted con mi madre; que esa sí que le conoce a usted.

AMALIA

Quizás no me conozca lo debió, porque puede que no me disculpe; y a eso vengo, a hablarle al alma, a que comprenda que yo me he portao siempre bien con su hijo; que tocante a quererlo, lo he quería y lo quiero, si, señor; pero hay cosas que no pueen ser, que se quiebran las ganas de to cuando las personas no son como Dios manda, y Paco...

SALVADOR

No se canse usted, Amalia; que sin conocerla le he dao la razón a usted en contra de mi hermano y delante de mi madre.

ESCENA X

DICHOS y PACO, que viene de la calle.

SALVADOR

Aparte.

¡Paco!

AMALIA

¡Dios mío!

PACO

Dirigiéndose violentamente a AMALIA.

¿Qué haces tú aquí?

SALVADOR

Interviniendo.

Oye...

PACO

¿Qué haces tú aquí, digo? ¿No te he mandao que no vengas?

SALVADOR

Oye, Paco...

PACO

¿Y quién eres tú pa meterte en cosas de hombre?... ¡Literato, que eres un literato!

SALVADOR

Nervioso.

Seré lo que quieras; pero oye...

PACO

Yo no oigo más que lo que me sale del pecho. A mí no se me domina como a un crío... Esta mujer ha sío mi novia; ha estao pa casarse conmigo, y de la noche a la mañana me ha plantao por otro, y eso... eso no se hace conmigo sin que las cosas pasen a mayores.

AMALIA

Resentida y llorosa.

Tú no me quieres, ni me has querido nunca...

PACO

¡Amarra!



AMALIA

Pues entonces, déjame en paz...

PACO

Eso es lo que tú querrías pa chulearte de mí; pero yo te he tañado. Soy yo muy hombre, y las prendas de mi uso personal tienen usía. Cariño que yo tiro a la calle no lo recoge ningún quien sin estrellarse los sesos en los adoquines. Se lo dices a Eusebio... ¡Y como lo digo, lo hago!

AMALIA

Irritada.

Vaya, me voy.

PACO

Ahora no te vas sin enterarte de mi fuero interno.

La sujeta fuertemente por una muñeca.

¿Sabes lo que te digo? Tú me diste la conversación por las buenas; me hiciste birria y me dejaste por las malas, y como yo no soy ningún ave de corral, por las malas has de echar a ese...

y por las buenas has de volver a mí... ¡Y si no lo haces... si no lo haces!... ¡Por estas, que te doy pa el pelo!

La amenaza brutalmente.

SALVADOR

Interponiéndose indignado.

¡Cobarde!

AMALIA

Sujetando a Paco.

¡Paco!

SALVADOR

¡Amenazar a una mujer es de cobardes!...

AMALIA

¡Por Dios!

PACO

¡Oye, oye, oye!... ¿La defiendes tú?

SALVADOR

¡No será la vez primera!

PACO

¡Si no mirara que eres mi hermano!...

SALVADOR

¡Entre esta mujer y tú, mi hermana es ella; que amparar a los débiles es la primera ley de hermandad!

PACO

¿Y si yo te arrancara la lengua?

Se miran con furia; están a punto de venir a las manos.

AMALIA

¡Socorro! ¡Socorro!

La SEÑORA PAULA asoma por el foro.

PACO

Apretando los puños.

¡Mira!

PAULA

Poniéndose entre los dos.

¡Hijos!

AMALIA

¡Señora Paula!...

PAULA

¿Qué pasa?

SALVADOR

Dominándose.

Na, madre. Viniendo tú no pasa na.

PACO

Amenazador todavía.

¡Te daba así!... ¡Pero di que ha vuelto la vie-  
a, que si no!...

## ESCENA XI

Dichos y la SEÑORA PAULA.

SALVADOR

Me voy a la calle, que es lo más acertao.

PACO

Toos contra uno...

AMALIA

Llorando.

Yo tuve la culpa, yo...

PAULA

Pero, ¿será posible que no pueda faltar una?

PACO

A mí nadie me comprende, ni me estima...

SALVADOR

Te juro, madre, que no tuve yo la culpa...

PACO

Ni yo...

SALVADOR

Puede que sí; que parece que no estás en tu razón.

PACO

¿Lo está usted viendo, madre? ¡A ver quién falta, a ver quién provoca!

PAULA

Malos hijos; que me vais a quitar la vida...

AMALIA

Yo tuve la culpá; yo solita. Vine aquí con la mejor intención del mundo, pero no valen las intenciones cuando Dios quiere otra cosa... Tenía que decirle muchas cosas a usted, señora Paula; pero vino Paco, y quiso pegarme...

PACO

Despectivo.

Mirarla con gemelos a ver si no paece la dama de la media almendra. Cualquiera que la escuche se pensará mismamente que es una paloma. Sí, sí, paloma. Y luego le llena el morral de guijas al caballo gordo de la Plaza Mayor.

SALVADOR

Me voy al trabajo, madre.

PAULA

Es lo más derecho.

SALVADOR

Bajo a AMALIA.

Y usted, Amalia, ya sabe que soy un hombre de bien. No haga usted caso de bravatas, y si alguien, sea quien sea, le faltara a usted al respeto, me lo avisa, que yo estaré a la mira...

AMALIA

Que Dios se lo pague a usted.

SALVADOR

Adiós, madre.

La besa y se dirige a su hermano.

Adiós, Paco. Por mí, lo pasao, pasao.

Señalando a la madre.

Ya sabes que entre los dos, está un pedazo de los dos.

Vase.

PACO

Despectivo.

Otro palomo sin hiel. Sí, sí, palomo. Vaya,

me voy a la piltra, y mañana será otra noche...  
A mí nadie me comprende, ni me estima.

Entra en su alcoba, y saca la cabeza  
entre cortinas.

Hacerme el favor de hablar bajito, que tengo  
las orejas, pero como un gramófono. ¡Que esto  
pase en un país civilizao!

Echa las cortinas.

## ESCENA XII

AMALIA, LA SEÑORA PAULA y PACO  
dentro de la alcoba.

PAULA

¿Qué tenía usted que decirme?

AMALIA

Se pensará usted de mí muy malas cosas...

Afectando indiferencia.

PAULA

¿Por qué?



AMALIA

Y yo venía a decirla que soy buena. .

PAULA

Hable uste más bajo...

Mira inquieta a la habitación de  
Paco. *~*

AMALIA

Que soy buena, sí señora; y que no haga usted caso de Paco, que está ciego de rabia; pero no por cariño, sino por despecho.

PAULA

Eso sí que no. Aunque aparente otra cosa, mi hijo la quiere a usted, por desgracia.

AMALIA

Y yo también a él.

PAULA

¿Entonces, por qué lo ha dejao?

AMALIA

Por su manera de ser, señora. ¿No lo está usted viendo?

PAULA

Mi hijo no es malo en el fondo...

AMALIA

Eso se dice siempre pa disculpar a los que atropellan; pero yo pienso, no sé si con razón, que hay que ser bueno en el fondo y además del fondo.

PAULA

Mi hijo no tiene mala entraña. Lo que pasa es que estuvo muy mimao de chico, y de grande tiene las faltas de su edad. Es voluntarioso, tiene mala cabeza, pero malo, no es malo, ¿qué va a ser? Malas compañías y na más. Malas palabras, y na más, que es lo que siempre le estoy predicando, pero "predícame, Pedro". Es perro ladrador, y a un chico así, mal enseñao, se le lleva con mieles y no con hieles, y nadie más indicá que usted pa haberlo conseguido, que la mujer es el molde de la voluntad del hombre;

y por eso estoy resentida con usted. Y ya que viene a pelo, se lo digo.

AMALIA

Pues no tiene usted razón, que yo...

PAULA

Si yo hubiera estado en el pellejo de usted, otro gallo le cantara a mi hijo, que yo, como sabía que usted era honrada, estaba contenta con estas relaciones, porque una mujer que es bonita y buena hace de un hombre lo que le da la gana, y si usted le hubiera querido, como dice, habría dado un cambio a Paco a estas horas, que vamos, no digo yo que fuera San Luis Gonzaga; pero que no probaría el vino, ni se juntaría con mala gente. Tan cierto como ahora es de día, y esa era mi esperanza: la salvación de mi Paco por usted...

AMALIA

Pero...

PAULA

Déjeme usted, Amalia, que to tiene su hora y este desahogo ha tenido su minuto. ¿Sabe usted

las que no conseguimos na con los hijos? Las madres, porque estamos siempre dentro de estas cuatro paredes, y los hijos, como los pájaros volanderos, tiran siempre fuera del nío; pero vosotras, las que tenéis el gancho pa ellos... ¡ya, ya! Mire usted; yo, lo digo por experiencia que mientras vivió mi pobre marido fué mi hechura en tó, sin que se diera cuenta el pobrecito mío, que es el mérito, que a veces hasta remordimientos tuve, porque ese sí que era un santo. Pero es lo que se dice: dos que se acuestan en un mismo colchón, se vuelven de la misma opinión, y sarna con gusto no pica, que yo sepa. Hasta tal extremo, que a mí me gustaba y me gusta la cebolla, y él no podía ni verla, que se ponía malo na más que con la idea, y yo me las compuse de manera, que cebolla comió hasta la hora de su muerte, y con gusto, que es lo principal.

AMALIA

¿Pero usted se cree?

PAULA

Que no le querrá usted cuando lo deja por otro...

## AMALIA

¿Pero usted se figura que yo no he bregao un día y otro para que fuera hombre de bien a ca momento? Si no me faltao más que echarle memoriales. ¿Usted sabe lo que le he llorao? ¡Si no se pueden contar las veces que le he sacao de la tasca aguantando hasta sus golpes, señora! Y perdiendo en mi reputación, que no es honra, precisamente, lo que gana una chica soltera en esos andurriales... Y to lo hacía por su bien, porque iba a ser mi marío y como huérfana que soy no tenía que darle a nadie cuenta; pero no había paciencia, que es lo que yo digo, pa tolerar sus manías y sobre tó el odio, el odio tan enconao que tomó a mis hermanitos. Ya ve usted, dos huérfanos como yo, que están a mi cargo y que mantengo con mi trabajo, que no los voy a tirar a la calle, porque son dos críos que caben debajo de un paraguas, y los quiero, como es razón, que les he limpiao cuando chicos los pañales y no han conocío otra madre que yo. Señora, no condene usted de memoria y entérese usted de las cosas. Cuando usted se quedó viuda y mantenía usted a sus niños, ¿los hubiera usted metío en una inclusa por darle gusto a un hombre?... ¿Ve usted cómo se calla? Pues Paco se emperró en eso, y a más, a más hacía otras co-

sas peores, que me los tenía aterraos, y mi Pepe, calzonete de a cuarta, como yo le digo por lo miaja que es, vino un día llorando, con el corazón encogío porque tuvo la mala sangre de...

Llora.

ponerle la mano encima. Sí, señora.

PAULA

Y ¿por qué no me lo dijo usted a su tiempo? Yo le hubiera dicho...

AMALIA

¿Usté? ¿Pos no me ha dicho ahora que era yo la que podía cambiarlo? Ya ve usted como no es verdad, que Paco es muy suyo. ¿Y qué voy yo a hacer, señora Paula? Póngase usted en mi caso, sola en mi solo cabo y con dos chaveas que sacar adelante. La vida es muy mala y ca vez hay más desigencias. Yo no soy mal parecía y tengo que aprovechar los años, que las privaciones le quitan a una la miaja de palmito en menos de lo que se piensa. Mis hermanos necesitan el arrimo de un hombre que les sirva de padre. Yo necesito amparo también, que usted sabe los peligros que amenazan a una chica sola en este Madrid, que talmente es una Babilonia. ¿Qué quería usted

que hiciera? Con harto dolor de mi alma dejar a Paco, que no soy yo la que tira su cariño por la ventana; sino él con sus procederes. Por eso le hice cara a Eusebio.

Oyese ruido en la alcoba de Paco.

PAULA

Asustada.

¡Cállese usted!

AMALIA

¿Qué?...

PAULA

Hable usted más bajo... ¿No oye usted?

Ligera pausa.

AMALIA

Ná; no oigo ná.

PAULA

Volviendo a sentarse.

Siga usted.

AMALIA

Eusebio es electricista, gana muy buen jornal, es muy trabajador y muy serio y me quiere a



rabiar. Yo, la verdad, como se ha ancariñado con los chicos, le voy teniendo ley, y a más que con él me espera un mañana descansao. Compare uste, señora, sin hacer de menos a su hijo... ¿Qué porvenir me espera a mí con Paco? Al regañar con él quiero que usté se convenza de lo que me tengo repudrió por su culpa; que se me abren las carnes de pensar lo que sería de mí con un hombre—no se me ofenda usté, señora Paula—con un hombre que no le tiene ley al trabajo, que...

Paco sale de la alcoba a medio vestir. Las dos mujeres dan un grito.

### ESCENA XIII

DICHAS y PACO.

PACO

Furioso, congestionado.

¡Más alto!

PAULA

¡Paco!

PACO

¡Dilo más alto, golfa!



PAULA

¡Hijo!

PACO

¡Si no respeto na!

PAULA

Angustiada.

¡Váyase usted!

PACO

Dando un salto y poniéndose de-  
lante de la puerta.

¡Sin oirme, no! ¡De rositas, no!

PAULA

Aterrada.

¡Calla!

PACO

¡Yo soy muy hombre! ¡Por estas que son cru-  
ces, que mataré a Eusebio! ¡Lo mataré!

AMALIA

¡Jesús!

PACO

Amenazándola frenético.

¡Y a ti!...

PAULA

A AMALIA, sujetando nerviosamente  
a su hijo.

¡Váyase usted!

PACO

¡No!

PAULA

Irguiéndose.

¿También eres valiente con tu madre?

PACO

Aturdido.

No...

PAULA

Váyase usted, Amalia.

Vase AMALIA precipitadamente. PACO la ve salir absorto. PAULA vuelve a su lado. Pausa; como si fuera a ser víctima de un ataque PACO quiere hablar y no puede. PAULA le interroga con angustia maternal.

¡Hijo, hijo! ¿Qué te pasa? ¡Contesta!... ¡No me asustes!

PACO

Con un gemido bronco.

¡Si la quiero, madre, si la quiero!

Solloza.

## ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y un VISITANTE desde el portal.

VISITANTE

¡Portera!... ¡Portera!...

PAULA

PAULA, limpiándose apresuradamente las lágrimas.

¿Qué desea?

VISITANTE

¿Cuál es el cuarto de don Antonio Serrano?

PAULA

Con naturalidad.

Segundo derecha.

El VISITANTE sube: PAULA vuelve a su hijo.

TELÓN

## ACTO SEGUNDO

La misma decoración que el acto primero. Se oye un piano de manubrio. Es de día.

### ESCENA PRIMERA

PACO y PAULA

PACO sentado ante la camilla hace pitillos. La señora PAULA le observa inquieta.

PAULA

Viendo que PACO guarda los cigarrillos en la petaca y toma el sombrero para marcharse.

Paco, ¿adónde vas?

PACO

A la calle.

PAULA

¿Te aburres en casa?

PACO

Me divierto fuera...

PAULA

Tú estás serio.

PACO

Desabrido.

Pa reirme estoy.

PAULA

¿Pa qué tienes esos modos con tu madre?

PACO

Yo no tengo modos.

PAULA

Basta con oirte.

PACO

Lo que quiero es que no me tires de la lengua. Na más.

PAULA

Te pasa algo.

PACO

Que no, te digo.

PAULA

Cuando dices que no te tire de la lengua, es que algo tienes en el interior.

PACO

¿Lo que tengo en el interior? Un cuarto des-  
alquilao.

PAULA

¿En el piso alto?

PACO

No; centro, izquierda.

PAULA

Pues ponle papeleta.

PACO

La papeleta será a domicilio... y con orla de  
luto.

PAULA

¡Paco!...

PACO

Riendo forzadamente.

¿Pa qué te asustas?

PAULA

¿Qué maquinas?

PACO

¡Cualquiera que te oiga!

PAULA

Tú has jurao matar a Eusebio.

PACO

Aprensiva estás.

PAULA

Estoy que no vivo.

PACO

Pues, descansa...

PAULA

Cada vez más inquieta.

¿Por qué hablas con medias palabras? ¿Pa qué hablas de orlas de luto?

PACO

Lo dicho. Estás mu aprensiva.

PAULA

Responde. Y no me tengas con el agua al cuello...

PACO

Si fué broma, madre. ¿No puede uno dar una broma? Hablábamos de cuartos desalquilaos, y salieron a relucir las papeletas... y luego lo del



luto. Na... memeces que se le vienen a uno a la boca. Hablar por darle gusto a la lengua. Y como tú querías tirarme de ella...

PAULA

¿Es eso to?

PACO

Valiente escamona eres.

PAULA

¿Por qué no me miras a la cara?

PACO

¿Yo?...

PAULA

Mírame a los ojos, Paco.

PACO

Molesto.

Ya te miro, ea.

PAULA

Ojos enconaos los tuyos...

PACO

Miá que eres...

PAULA

No miran a derechas...

PACO

Pues, ¿cómo?

PAULA

Tiés acero en los ojos... Tiés fuego en los ojos...

PACO

Con risa forzada.

¿De veras?

PAULA

Con un grito de angustia.

¡Tú vas a matar a Eusebio!

PACO

¡Vamos, quita!

PAULA

¡Hijo!

PACO

No te oceques, madre.

PAULA

¿No me ves penando?

PACO

Desvarías...

PAULA

Parece que es pa ti plato de gusto tener a tu madre angustiá... ¡Que no vivo, señor, que de pensarlo mismamente siento calentura!...

PACO

¿Y tengo yo la culpa de que seas tan novelera?

PAULA

Pues déjame tranquila.

PACO

¿Cómo?

PAULA

Tú has jurao matar a un hombre.

PACO

Estaba acalorao...

PAULA

Lo juraste.

PACO

Palabras que se lleva el viento.

PAULA

Pues júrame ahora. Y que no se lleve el viento lo que jures...

PACO

¿Qué?

PAULA

Que dejarás en paz a Eusebio y a la Amalia...

PACO

Ya...

PAULA

¡Júralo!

PACO

¿Por qué quies que lo jure?

PAULA

¡Por la memoria de tu padre!

Pausa.

PACO

Por éstas, que va jurao.

Tomando sombrero y bastón.

¿Estamos ya?

PAULA

Que Dios te condene si has mentío.

PACO

Si Dios me condena tú me salvarás.

PAULA

Si eres asesino, no...

PACO

Dejemos ya la conversación. Y ya que te dí gusto, déjame salir.

Hace intención de marcharse.

PAULA

¿No me das un beso?

PACO

¿Es que no voy a arrancar de la casa?

PAULA

Abrazando y besando a su hijo nerviosamente.

¡Ingrato! ¡Tenga usted hijos pa esto!

PACO

Correspondiendo a la caricia de su madre.

Yo no soy besucón.

PAULA

Que seas bueno, hijo mío.

Al separar dulcemente a su hijo nota, con sorpresa, que lleva un objeto duro en un bolsillo de la americana.

¿Qué llevas en el bolsillo?

PACO

Na...

PAULA

Asustada.

¿Es un arma?

PACO

No.

PAULA

¡Es un arma!

PACO

¡Suelta!

PAULA

Dámela.

PACO

Que no seas taravilla. . .

Apartando el brazo de la madre.

Es un arma, sí. Es una pistola que he comprado. Pa eso te pedí las veintitrés pesetas.

PAULA

¡Jesús!

PACO

Impaciente.

Pero, ¿te has vuelto loca? Vaya, me voy.

PAULA

No.

PACO

Que no quiero apartarte, madre.

PAULA

Me tiés que decir pa qué has comprado esa pistola.

PACO

Pa defenderme.

PAULA

¿De quién?

PACO

¿Vas a hacerme cantar?

PAULA

Responde.

PACO

¿Tú no sabes que hay cosas que me da lacha decirte?

PAULA

Habla.

PACO

¿Tú no ves que como yo no sé oficio, tengo que buscármelas como pueda?

PAULA

¿Qué vas a decir?

PACO

¿Es que vas a suponerte que doy atracos? Lo tengo a menos.

PAULA

Camino vas.

PACO

Creminal no soy.



PAULA

¿Te falta algo en casa pá que andes en malos pasos.

PACO

Me falta tó.

PAULA

¡Paco!

PACO

Un hombre como yo, gasta. Tiene su presupuesto al mes. Y yo... pá no serte gravoso... me las busco con señoritos, y con... vamos, con mujeres que no son como tú. Ahora soy grupié de una timba perrera, y como allí la alternancia es ná más que regular, me he mercao una pistola con veinticinco cláusulas. Pero no es más que pá el ornato de la persona... pá que no se metan con uno. Por lo demás, tan honrao es el oficio de grupié en una timba perrera como en un casino de señoritos, que to es uno y lo mismo. La cuestión es ganar pá el piri.

PAULA

Mirándole de hifo en hifo.

Pues lo que es hoy vas a darme esa pistola.

PACO

Cuando te pones pesá...

Aprovecha un descuido de la madre y vase corriendo a la calle.

PAULA

Llamándole.

¡Paco!

Volviendo desalentada.

¡Qué hijo, señor, qué hijo!

## ESCENA II

La señora PAULA y SALVADOR.

SALVADOR

Que viene de la calle.

¿Adónde va tan corriendo ese?

PAULA

No sé... A sus cosas.

SALVADOR

¿Te ha dao algún disgusto?

PAULA

No.

SALVADOR

Me quiso parecer.

PAULA

Pues no me lo ha dao. Lo que pasa es que estoy siempre temblando que tenga una bronca, como decís los hombres... y que se busque una perdición.

SALVADOR

Estáte tranquila. Paco es valiente na más que de boquilla. Es... echáo pá alante, marchoso, madrugón, tira ventajas, como dicen los majos, pero eso no va a ninguna parte cuando llega la hora de la verdad. Cuando un guapo le pisa un pie a un hombre de bien y de vergüenza, el guapo se guarda la herramienta y la bofetá que se haya perdío. Y en el caso de ahora Eusebio es un hombre serio que no se deja sopapear de nadie. Estáte tranquila.

PAULA

Pero, ¿y si le cogiera desprevenío?

SALVADOR

¿A quién?

PAULA

A Eusebio.

SALVADOR

Como te digo una cosa te digo otra. Mi hermano no ha llegao tan bajo como pa ser criminal ni traicionero. Eso sí que no.

PAULA

No sabes el consuelo que me dan tus palabras. Es un chico mal criaio.

SALVADOR

Eso, mal criaio.

### ESCENA III

DICHOS y AMALIA con PEPITO, un niño de cinco años.

AMALIA

Por el foro.

Buenos días, señora Paula.

PAULA

Un poco alarmada.

¿Usted por aquí?

AMALIA

Azorada, inquieta, mirando a todas partes.

Sí, señora, yo.

PAULA

¿Qué le pasa a usted?

AMALIA

¿Está Paco?

SALVADOR

No habrá doblao la esquina.

AMALIA

¿Me habrá visto?

SALVADOR

No lo creo.

PAULA

¿Este es su hermanito de usted?

AMALIA

Sí, señora.

PAULA

¡Qué rico! ¿Y cómo se llama?

AMALIA

No perdamos tiempo. ¿Volverá Paco?

SALVADOR

Echele usted un galgo. Ese no vuelve hasta mañana.

PAULA

Está usted azarada. ¿Qué le pasa?

SALVADOR

Siéntese usted.

AMALIA

Gracias.

Se sienta.

Estoy nerviosa porque... ¿no saben ustedes lo que pasó ayer tarde?

PAULA

¿Adónde?

AMALIA

En el paseo de Ronda. ¿No ha dicho nada Paco?

SALVADOR

Nada.

PAULA

Acabe usted.

AMALIA

Pues que ayer tarde se dieron un encuentro Paco y Eusebio en el Paseo de Ronda.

PAULA

Me lo temía.

## AMALIA

Verá usted. Eusebio está trabajando en una obra de la Prospe, y yo fuí a esperarlo a la salida del trabajo. Veníamos hablando mano a mano, cuando, de pronto, nos tropezamos con Paco. Lo mismo fué verlo venir que darme el corazón un vuelco, porque Paco traía la cara muy larga. Eusebio se quedó mirándolo muy fijo, porque era ya casi de noche y no se veía alma viviente en un paseo tan grande. Paco pasó rozando con él, y sin mediar palabra le dió un empellón muy fuerte, que, de rechazo, a poco me tira. Eusebio, encorajinao, se revolvió, y con las mismas le dió un puñetazo a Paco. Y mire usted qué cosa más grande, señora. Yo me quedé talmente privá, sin habla pa pedir socorro, y ellos enzarzaos a puntapiés y mordiscos, que parecía que iban a matarse y sin chistar siquiera, que era lo que más me imponía, que parece que el odio es menos cuando se desahoga con voces; pero ellos, ¡que si quieres!, venga estrujarse y apelonarse en la cuneta como dos perros rabiosos, hasta que, por fin, vi levantarse a Eusebio y venir pa mí, y vi también levantarse a Paco y apretar a correr hacia la plaza de Manuel Becerra. Y lo que me espanta, señora Paula, lo que me tiene que no vivo, se-

ñor Salvador, es que Eusebio se arrimó a mí, y enseñándome una navaja abierta, que tengo la seguridad que era de Paco, va y me dice: «Mira, de buena me he librao». A to esto vi a lo lejos montar a Paco en el tranvía de las Ventas. Y to pasó en menos tiempo del que he tardao en contarlo.

PAULA

Afectadísima.

Si lo estoy diciendo. Si lo estoy diciendo.

SALVADOR

¡Madre!

AMALIA

Señora.

PAULA

Si no pue ser. Si cuando los hombres crían mala sangre hay que ponerles amarras.

SALVADOR

Estás inmutá, madre.

AMALIA

Cálmese usted, señora, que si nos hacemos un mar de confusiones no evitaremos na, y yo he venío a eso, a evitar. Yo tengo bien sabío que su hijo de usted Salvador, aquí presente, es todo



un caballero; que usted es una buena madre, si las hay, que entre los dos le quitarán a Paco los arrestos... ¿a que sí? Por eso he venío... pá pedirles por Dios y por los santos que eviten por su parte lo que puedan.

SALVADOR

Vamos a ver, Amalia. No te asustes, madre. Vamos a ver Amalia. ¿Tiene usted la seguridad de que el cuchillo era de Paco?

AMALIA

De Paco.

PAULA

¡Si es para volverse loca, Dios mío!

AMALIA

Lo que hay que evitar es que Paco y Eusebio vuelvan a encontrarse. Yo respondo de Eusebio.

SALVADOR

¿Cómo?

AMALIA

Lo tengo conquistao pá que se vaya el día de hoy a Pozuelo a casa de unos parientes. Ya se ha ido.

PAULA

No basta.

AMALIA

Ya lo sé. Pero si ustedes consiguen retener a Paco en casa dos o tres días estamos salvaos, que en ese tiempo se le pasará el arrechucho. La cuestión es evitar.

SALVADOR

Yo creo que vamos muy lejos con los temores. Conozco a Paco y me parece que, después de lo de ayer tarde, se guardará muy mucho de buscar al otro...

PAULA

¡Me da rabia oírte!

SALVADOR

¡Madre!

PAULA

Tú que conoces, y que conoces a tu hermano, y el corazón no te avisa de na. Lo que hay que hacer es sentir... y lo que yo siento es un ahogo en el pecho que ni respirar me deja... ¡Y es el mío a una desgracia!

AMALIA

Digo lo mismo; que no pude pegar un ojo en

toda la noche pensando na más que en levantarme pa venir a prevenirles a ustedes.

SALVADOR

Pero, madre, ¿tú has notao algo en Paco?

AMALIA

¿Ha notao usté algo?

PAULA

Na.

(Como si recordara de pronto y una visión sangrienta se le presentara.)

¡Hijo!

SALVADOR

¡Madre!

AMALIA

¡Que si he notao! ¡Que si he notao!...

SALVADOR

A AMALIA

Atienda usté a esa criatura.

AMALIA

Besando al niño.

No te asustes, mi vida.

PAULA

Hay que dar parte.

AMALIA

Eso es lo mejor.

SALVADOR

¿Pero parte de qué? No perdamos la cabeza, madre.

PAULA

Parte de to.

A AMALIA

¿Está usted segura de que Eusebio no está en Madrid el día de hoy?

AMALIA

Segurá.

PAULA

Pues váyase usted a su casa y métase usted allí en siete estaos debajo de tierra.

AMALIA

¡Señora!

PAULA

Tú, Salvador, no te muevas de aquí por ná del mundo

SALVADOR

Pero, ¿quieres decirme?

PAULA

Que no salgas de aquí...

SALVADOR

¿Para qué?

PAULA

Para sujetar a Paco entre los dos en cuanto venga. Para evitar...

Casi a gritos.

¿Para evitar!... ¿No oyes a la Amalia?

AMALIA

Llevando al niño de la mano.

Adiós, señora Paula.

PAULA

Que Dios vaya con usted, hija mía. Y que la perdone...

AMALIA

¿Por qué?

PAULA

Por habernos traído la negra con su bella cara...

Con reproche.

SALVADOR

¡Madre!

AMALIA

Diga usted que nos perdone a tos, señora, y estará usted en lo cierto...

Vase con el chico.

## ESCENA IV

SALVADOR, la señora PAULA; luego EUDOXIA, dentro.

SALVADOR

Pero, ¿quieres decirme qué es lo que te callas?

PAULA

Que tu hermano Paco se ha mercao una pistola... que la tiene en un bolsillo... Y no es esto lo malo. Lo más malo es lo que lleva atravesao en los ojos... ¿A quién habrá salío este hijo?... ¿A quién?

SALVADOR

No te asustes tanto. ¿Tú no sabes que Paco lleva siempre armas?

PAULA

Pues hay que quitárselas..

SALVADOR

En cuanto venga, madre.

PAULA

¿Y las intenciones? ¿Quién le quita las intenciones a ese hijo?

EUDOXIA

Dentro, a gritos.

Porteraaa...

SALVADOR

¿Oyes?

EUDOXIA

Porteraaa...

SALVADOR

Asomándose a la ventana que da al patio.

¿Quién llama?

EUDOXIA

La Udosia.

SALVADOR

¿Qué quiere?

EUDOXIA

Dice mi señorita que suba corriendo la señora Paula.

SALVADOR

Va.

Quitándose de la ventana.

Te llaman del tercero, madre.

PAULA

¡Me llaman... me llaman!... Suba usted, baje usted, trajine usted, que es usted la portera! ¡Haga usted esto, lo otro, vaya usted perdiendo los talones escaleras arriba con una espina clavá en el corazón!... ¡Portera... portera...!

Vase.

## ESCENA V

SALVADOR, a poco DON ANTONIO.

SALVADOR

Viendo subir a su madre.

¡Pobre mía! No puede ser, no... Esta noche ajustaremos cuentas, Paco...

Ligera pausa,

Y que me han metío en cuidado a mí también...

Suerte que ese hombre se haya ido...

DON ANTONIO

Que viene de la calle.

¿Hablando solo?



SALVADOR

¡Don Antonio!

DON ANTONIO

Salvadorillo, ¿qué es eso? En mi tierra los que hablan solos son los locos y los poetas.

SALVADOR

Y también los que tienen preocupaciones...

DON ANTONIO

¿Entonces no estás mochales ni haces coplas?

SALVADOR

No, señor.

DON ANTONIO

Pues dime qué te pasa.

SALVADOR

Cosas de mi hermanito. Viene usted que ni pintao pa tranquilizar a mi madre.

DON ANTONIO

¿Qué es ello?

SALVADOR

Que Paco anda a los alcances de Eusebio porque le ha quitao la novia. Y como va con

armas en los bolsillos, mi madre está que no vive temiendo una desgracia.

DON ANTONIO

Ese Paco es una bala perdida.

SALVADOR

Sí, señor; y yo quisiera que luego viniese usted para amonestar a Paco y pá ver si entre todos conseguimos tenerle a raya. Sobre to por el sosiego de mi pobre madre.

DON ANTONIO

Descuida, hombre. Ya verás cómo dejo a Paco lo mismo que un guante. Por supuesto que puede que tenga razón en eso de la Amalia. ¡Hay cada hija de su madre!...

SALVADOR

Calle usted.

DON ANTONIO

Lo digo por experiencia profesional. Es mucha tierra esta, Salvador. La sangre nos hierve. Luego el sexo antagonista se las trae. Se ponen tontas las señoras, y hasta que no se llevan lo suyo no están contentas, y lo suyo puede ser un trastazo, que donde se acaban las razones, en-

tran los golpes. Vamos a ver: si Amalia sabía que Paco era un perdido, ¿por qué le hizo caso?

SALVADOR

Grave.

Dejemos esta cuestión.

DON ANTONIO

Si te desagrada, bueno. Y vamos a otra cosa. Sabrás que he conseguido lo que querías.

SALVADOR

Muy contento.

¡Don Antonio!

DON ANTONIO

Sí, hombre. Fuí al estudio de don Mariano; estuve hablando con él, y está dispuesto a que vayas a modelar allí los domingos y los ratos perdidos, ¿qué te parece?

SALVADOR

Que me da usté un alegrón como pa volverme loco.

DON ANTONIO

Serás escultor, ¿eh?

SALVADOR

Es mi ambición más grande.

DON ANTONIO

Mala cosa, Salvador, mala cosa. En este país hay que ser político o torero. Los términos medios no van a ninguna parte.

SALVADOR

Los artistas triunfan, don Antonio.

DON ANTONIO

¡Atiza!

SALVADOR

Y el hombre honrao triunfa también.

DON ANTONIO

¡Sopla!

SALVADOR

¿Cree usted que no?

DON ANTONIO

No sueñes, hombre. Vives en un país donde cada quisque va a lo suyo, como suele decirse. Empezando por tus compañeros de oficio, eres un primo para ellos si estudias; un panoli si trabajas. El ideal de la gente de tu clase está en un traje de luces.

SALVADOR

Entonces está muerto el ideal.

DON ANTONIO

El de la gente de carrera está en meter mano con toda la cuquería posible en el presupuesto. Por eso se le llama fresco a un político avisado, y vivo a un yerno advenedizo. ¿Y qué más, hombre? ¿Sabes tú cómo llamamos por aquí a la resultante del sacrificio de todos, a los presupuestos del Estado, a aquello que en ley de verdad exige patriotismo, abnegación para tocarlo? Pues lo llamamos turrón. Yo creo que es el único país del mundo donde se llama de ese modo a una cosa tan seria.

SALVADOR

Verdad.

DON ANTONIO

Y al que estudia de buena fe y lo discute se le llama latero. Y ese matonismo que tú echas en cara a tu hermano existe en todas las clases sociales. Aquí hay mucha gente que vive, no de su trabajo, sino de la cobardía y de la torpeza de los más. Chulería, matonismo, taurofilia, caciquismo, todos son parientes cercanos. Y a ver qué hace uno, ¿ser un vivo o ser un primo? Pues seguir la corriente para no morir de hambre. Y yo te aconsejo, por tu bien, que tengas, antes que merecimientos, la influencia de los pá-

jaros gordos; que para obtener una primera medalla uses de una cuquería corrosiva, que tengas pupila y que madrugues. Ya ves, yo sé hasta de carteras que se han obtenido por el procedimiento del matonismo.

SALVADOR

Será con un atraco.

DON ANTONIO

No hablo de carteristas, hombre. Hablo de Jijona.

SALVADOR

Me parece a mí que no siente usted lo que dice.

DON ANTONIO

¿Cómo que no? Soy uno de tantos y ni quiero ni puedo descomponer el cuadro. Y vaya otro consejo, que tú seguirás porque sabes que te aprecio. No tengas a tu hermano en tan poco porque haya resuelto vivir sin trabajar. Quizá acierte él y tú te equivoques. Ya ves, en el presente momento histórico yo necesito de la influencia de tu hermano, porque en las próximas elecciones soy candidato, y Paco es un águila caudal para que pueda prevalecer a mi favor la

voluntad del pueblo. Compárate. Tú necesitas de mí, y yo necesito de él.

SALVADOR

¡Qué atrocidad!

DON ANTONIO

¿Cómo atrocidad? ¿Tú no dices que yo soy la persona más influyente que conoces?

SALVADOR

Sí, señor.

DON ANTONIO

¿Y por quién has conocido a esa persona influyente? ¿Por ti o por tu hermano?

SALVADOR

Por Paco.

DON ANTONIO

Pues chanfli, como dicen en Sevilla.

## ESCENA VI

DICHOS y grupos de vecinos y chiquillos en la puerta de la calle. Luego EUDOXIA, que baja la escalera. Más tarde la señora PAULA.

Oyese dentro, en dirección de la calle, rumor confuso de multitud de vecinas y de chiquillos, disputas y comentarios acalorados. Un corrillo aparece ante el portal; del grupo parten voces, que dicen:

«No vaya usted, señora Faustina». «¿Qué pasa?» «Yo lo he visto». «¿Quién es?» «No dejen acercarse». «Vente tú, Manolo».

Oyense también voces de vecinas que llaman a sus críos con gritos desatemplados. Adivínase, en fin, que hay emoción en la calle.

SALVADOR

¿Qué pasa?

EUDOXIA

En el patio.

¡Porteraaa...!

DON ANTONIO

Algún atropello.



EUDOXIA

Que baja la escalera y corre a la calle.

¿En dónde fué?

DON ANTONIO

Yo voy a ver lo que pasa.

Vase DON ANTONIO precipitadamente.

SALVADOR

Pero, ¿qué ocurre?

En la calle.

UNA VOZ

Una muerte.

SALVADOR

¡Una muerte!

Baja jadeante la señora PAULA.

## ESCENA VII

SALVADOR. La señora PAULA; siguen los corrillos en la calle.

PAULA

¡Salvador! ¡Salvador!

SALVADOR

¡Madre! ¿Qué tienes?

VOCES

En los corrillos de fuera.

¡Allí va la justicia!

OTRAS VOCES

¡Vamos!

Van disolviéndose los corrillos de  
la calle y alejándose los murmullos.

PAULA

¿No oyes? ¡Un asesinato en la calle!

SALVADOR

Involuntariamente, con un grito.

¡Paco!

PAULA

¡Has pensao lo mismo!

SALVADOR

No es posible, Paco, no.

PAULA

¡Hijo de mi alma!

SALVADOR

Paco, no; tranquilízate, madre. Es muy duro  
pensarlo.

PAULA

Me vuelvo loca.

SALVADOR

Será vicioso, pero no asesino. No lo pienses, madre.

PAULA

Tomando nerviosamente el mantón.

Yo voy a ver lo que ha sido.

SALVADOR

Interponiéndose.

No.

PAULA

¿Lo ves? Tú temes como yo.

SALVADOR

¡Cálmate, madre!

PAULA

¡Calmarme...!

SALVADOR

¡Por Dios santo, no salgas!

PAULA

¡Déjame salir!...

SALVADOR

Que no te vean esa cara...

PAULA

¡Déjame salir...!

SALVADOR

Estáte quieta, que yo iré.

PAULA

¡Corre!

Soltando el mantón.

SALVADOR

Voy a enterarme, pero estáte quieta.

Vase SALVADOR corriendo.

## ESCENA VIII

La señora PAULA

PAULA

¡Madre mía! ¡Madre mía!... ¡Que venga pronto, que venga pronto!...

Musita una oración entre dientes. Larga pausa. Tiemblan sus piernas Apóyase en la camilla. De pronto, vuélvese alterada. Es PACO, que asoma por el foro, tranquilo, al parecer, casi contento.

## ESCENA IX

La señora PAULA, PACO.

PAULA

Dando un grito y abrazando a su hijo.

¡Paco!

PACO

Sorprendido.

¡Madre!

PAULA

¡Paco de mi alma!

PACO

¿Qué dices?

PAULA

¿De dónde vienes?

PACO

¿No lo estás viendo?

PAULA

¿De dónde?

PACO

De la calle.

PAULA

Como enloquecida.

¿Quién ha sido?

PACO

Estás nerviosa.

PAULA

¿Qué has hecho?

PACO

¡Qué he de hacer!

PAULA

¡Contesta!

PACO

Alarmado.

Que llamas la atención... ¿Pa qué das voces?

PAULA

¿Pero tú no ha sido?

PACO

¿Quieres hablar bajo?

PAULA

No me tengas así...

PACO

¿Pero qué demonios te ha pasao? ¿Quiés explicarte?

PAULA

Entonces, ¿no tienes culpa? ¿No eres tú?

PACO

¿Yo? . . . ¿Qué?

PAULA

¡Dios mío!

PACO

¿Culpa de qué? ¿Pué saberse?

PAULA

Transición; con cara de intensa alegría.

¿De veras?

PACO

Con mucho aplomo.

Pero ¿qué cuento te han contaó?

PAULA

¡Qué alegría tan grande!

PACO

¿Por qué?

PAULA

¿No sabes ná, ná?... ¿No has hecho ná, ná?

PACO

¿No me ves la cara?

PAULA

Abrazándole y cubriéndole de besos; llorando y riendo.

¡Hijo de mi alma! ¡Hijo! ¡Hijo mío!

PACO

Dejándose acariciar.

Vaya usted atando cabos. ¡Cualquiera sabe lo que te pasa!

PAULA

Me pasa... me pasa que me paéce que acabo de tenerte en las entrañas... que acabas de nacer ahora mismo... ¡Que sales de un peligro muy grande! ¡Antes muerta, Dios mío, antes muerta que verte manchao pa siempre!

PACO

¡Qué cosas tienen las madres!... ¿Y yo qué he hecho?

PAULA

Perdóname.

PACO

Ofreciéndola un vaso con agua.

Vaya, toma un poco de agua.

PAULA bebe. Como está todavía temblona, suena el cristal al chocar con la dentadura.

PACO

¡Cómo te castañetean los dientes! ¡Quisiera yo saber quién te ha asustao!



PAULA

Esa muerte que han hecho en la calle...

PACO

¿Y te creiste que era yo?

PAULA

Sí...

PACO

Mal pensá... más que mal pensá. ¿Estás ya más tranquila?

PAULA

Sí.

PACO

Yo también he visto a la gente arremolinarse. Es un homicidio, pero como no soy curioso, pasé de largo.

PAULA

¿Y quién es?

PACO

¿El que mató?

PAULA

Sí.

PACO

No ha podido saberse. No lo han visto si-

quiera... Se hizo tan pronto... Y como ya te he dicho que no soy curioso...

Cambiando de tono.

Bueno; aquí lo importante es que tú te haigas tranquilizao, que lo demás...

PAULA

¡Hijo mío! ¡Mírate en ese espejo! ¡Mírate!

PACO

¿Yo?

PAULA

¡Figúrate el asesino!... ¡No podrá dormir, que la sangre que se derrama quita el sueño pa siempre!...

PACO

¡Vaya un susto que te has llevao!

PAULA

Tú tienes la culpa. Si me hubieras dao aquella pistola...

PACO

Metiendo la mano en el bolsillo.

¿La quieres?

PAULA

Dámela.

PACO

Si es por tu tranquilidad y ya que te has llevado el desgusto...

Sacando el arma y dándosela a su madre.

Aquí la tienes y pues tirarla lo más lejos que quieras...

PAULA

Está caliente el cañón.

PACO

Eso será del bolsillo... como está a raíz de la carne...

Quitándole la pistola a la madre con movimiento rápido.

Pero, aguarda, que está cargá todavía.

Ocultándose hábilmente de la madre, descarga la pistola, guárdase las cápsulas y entrega el arma vacía.

Toma, y que otra vez ni lo pienses siquiera.

PAULA

Tiés razón; más lejos va a ir...

PACO

Lo que es ya...

PAULA

La Virgen te ha salvao. Reza una salve, Paco.

PACO

¿Por quién?

PAULA

Por el muerto... Y también por el asesino.

PACO

Si es tu gusto...

PAULA

Sí; como rezabas cuando yo te enseñé. Pidiéndole a Dios que fueras bueno.

PACO

Quitándose el sombrero.

Como quieras...

La señora PAULA se arrodilla y reza con fervor una salve. PACO, medio inclinado, reza también. Salvador, que viene hosco y sómbrío, ve a su madre rezando y se detiene en el dintel de la puerta. Vuelve la vista y al observar la presencia de PACO, le sacude un fuerte estremecimiento. Terminan de rezar.

## ESCENA X

SALVADOR, PACO, la señora PAULA.

SALVADOR

A la señora PAULA.

¿Por quién has rezao?

PACO

Inquieto.

¿De dónde vienes?

SALVADOR

Mirándole a los ojos.

De ver a la muerta.

PAULA

¿La muerta?

SALVADOR

La Amalia, sí... que la mataron en la calle...

PAULA

Con estupor.

¿Amalia?...

Salvador afirma con el gesto.

Pero si parece mentira... Si acaba de salir de aquí...

SALVADOR

Ya no vendrá más.

PACO

Incisivo.

Podías callártelo.

SALVADOR

Eso quisiera. Daría mi sangre porque fuera un sueño...

Abrazando a su madre.

Yo tengo ganas de llorar, madre de mi alma. Matar una mujer pobre y buena, con criaturas que viven de su vida, clama los cielos. Se me ha representao que te mataban a ti cuando no podías defendernos...

PACO

¿Vas a atormentar a la vieja?

SALVADOR

¿Y quién eres tú pa reprenderme?

PAULA

Paco no tiene culpa. ¿Lo oyes? El no ha sido...

SALVADOR

Asombrado.

¿Quién te lo ha dicho?

PAULA

El.

PAULA y SALVADOR miran a Paco.

PACO

Taimado.

Yo no tengo na que ver con esa muerte.

Pausa.

SALVADOR

¿Por qué bajas la vista?

PAULA

Alarmada de nuevo.

¡Levanta la frente, hijo!

PACO

Arrostrando las miradas.

¡Ea! ¿Qué hay?

SALVADOR

Acercándose a su hermano, en voz  
baja y mordiente.¡Mírate por dentro!... ¿No te dice na la con-  
ciencia? ¿No te acusa de na?...

PACO

Descarado.

¿De qué?

SALVADOR

Sin poder contenerse.

¡De cobarde!

PACO

Ahogando un rugido.

¿Eh?...

SALVADOR

¡De cobarde... por matar una mujer!

PACO

Altanero.

¡No tanto!... ¡No tanto!

SALVADOR

A su madre.

¿Lo ves?

PACO

A mí dos veces no se me dice cobarde. Yo seré como sea, vicioso, vago, lo que quieras; pero cobarde, no... Lo tengo a menos.

SALVADOR

¡Ya!

PACO

Tengo mucho pundonor de hombre.

SALVADOR

¡Ya!

PACO

¡Por eso la he matao!

PAULA

¡Jesús!



SALVADOR

¿Confiesas?

PACO

Sí; pero nadie me ha visto.

PAULA

¡Virgen!

PACO

Pedí con buenos modos y me contestaron con mala sangre... y como el querer de una persona, cuando no se da por las buenas, hay que tomarlo por las malas, me impuse, como era natural.

SALVADOR

¡Valiente!

PACO

¡Hombre! ¡Na más que hombre!

SALVADOR

¡Ya!

PACO

Una mala palabra suya la mató por mi mano. Ella tuvo la culpa, que no yo.

PAULA

Trémula.

¿Y dices que no te han visto?

PACO

Nadie.

SALVADOR

Rápidamente.

Te equivocas.

PACO

Alarmado de verdad por primera vez.

¿Eh?...

PAULA

Espantada.

¿Saben que es Paco?

SALVADOR

Lo sospechan.

PAULA

¿Vendrán por él?... ¿Vendrá la justicia?

Aterrada y vacilante, cae en los brazos de SALVADOR.

PACO

Agresivo.

¿Ves lo que has hecho con la madre? ¡Si no fuera por ella!

SALVADOR

¿Me matarías también?

Los dos hombres se miran torvos, desesperados.

PAULA

Reaccionando.

¡Hijos!

SALVADOR

¿Serías Caín por ser valiente?

PAULA abraza a PACO, como conteniéndole.

No te acerques, madre.

PAULA

¿Pues no me he de acercar, si es hijo mío?

PACO

Conmovido a pesar suyo.

Esta es mi madre, esta..

PAULA

Perdona a tu hermano, Salvador. Quiérello por desgraciao, como yo lo quiero...

SALVADOR

Por ti lo quiero y lo perdono...

PAULA

Al mismo Caín que has dicho, Dios fué quien le castigó; no su hermano, no su madre, que pa eso lo tuvo en las entrañas.

Pausa.

Oyése de pronto rumor de corrillos  
que de nuevo se juntan en el portal.

PAULA

¡Ya están ahí!

PACO

¡Cierra!

Entre PAULA y SALVADOR cierran precipitadamente la puerta, quedando oculto al espectador el zaguán y el forrillo de calle. Pausa, los rumores de voces se amortiguan y se van alejando poco a poco.

PACO

Respirando fuerte.

Se van...

PAULA

¡Jesús me valga!

PACO

A SALVADOR.

¿Dices que me vieron?

SALVADOR

Sospechan.

PACO

¿Vendrán a buscarme?

SALVADOR

¿No han de venir?

PACO

Pues no me cogerán. Me voy . . .

PAULA

Que de una vieja cómoda acaba de sacar un bolso raído.

Espera.

PACO

Madre . . .

PAULA

En tanto que intenta abrir el bolso, y no atina por la emoción y el aturdimiento.

Espera. ¡Qué torpe estoy! . . . ¡No acierto!

Dándole unos duros y billetes de Banco.

¡Toma, hijo mío! ¡Que yo te vea libre! ¡Vete!

PACO

¿Qué me das?

PAULA

Lo que había en casa . . .

PACO

¿Tus ahorros? . . .

PAULA

¡Sí... escóndelos!

Lllaman a la puerta con los nudillos. Quédanse los tres paralizados de inquietud y expectación.

SALVADOR

Ya están ahí...

A PACO, que guardaba el dinero con azoramiento, se le caen unos duros, que suenan al rodar por el suelo.

PAULA

Estremeciéndose.

¡Calla!

SALVADOR

¡Huye!

PACO ha recogido torpemente el dinero y se dispone a saltar por la ventana del patio. Vuelven a llamar.

DON ANTONIO

Dentro.

Abra usted, Paula.

PACO

¡Don Antonio!

DON ANTONIO

Soy yo.

Abre la puerta SALVADOR y entra DON ANTONIO. Todos le rodean.

## ESCENA XI

DICHOS y DON ANTONIO.

PACO

¿Sabe usted lo que pasa?

DON ANTONIO

Lo sé; vengo de la casa de socorro.

PAULA

Pero ¿vive?

DON ANTONIO

¿Qué ha de vivir?

PACO

¿Sospechan de mí?

DON ANTONIO

No tardarán en buscarte.

PAULA

Sálvenos usted, don Antonio.

DON ANTONIO

A eso vengo. Hay que ganar tiempo y quiero preveniros.

PAULA

Gracias... gracias...

DON ANTONIO

El abogado en estos casos es como el médico. Hay que hacer lo que yo diga.

PACO

Mande usted.

DON ANTONIO

A PACO.

¿Por qué mataste a la Amalia?

PACO

Porque la quería...

DON ANTONIO

Esa es una contestación que casi te salva. Ya no eres un delincuente.

PACO

¿Pues, qué soy?

DON ANTONIO

Un pasional. Escúchame: ¿tú la querías mucho?

PACO

Ya ve usted si la quería, que la he matao...

DON ANTONIO

Interrumpiendo.

A fuerza de quererla. Estamos en la tierra del



amor y los celos, y por celos y por amor se mata y se muere. Muy bien. Hay algo en eso de tradición calderoniana. «A secreto agravio, secreta venganza», «El médico de su honra», etcétera, etc... ¿Y qué intentabas hacer cuando yo he llegado?

PACO

Escaparme.

DON ANTONIO

¡Vaya una locura!

PACO

Dígame usted lo que hago.

DON ANTONIO

¿Cómo fueron los hechos?

PACO

Amalia se burlaba de mí con Eusebio,

DON ANTONIO

¿Te desesperaste?

PACO

Mucho.

DON ANTONIO

¿La buscaste?

PACO

La aceché.

DON ANTONIO

¿La rogaste que volviera a tu cariño?

PACO

Sobre to que dejara al otro.

DON ANTONIO

¿Y ella?

PACO

Me despreció.

DON ANTONIO

¿Tú entonces?

PACO

Me emperré en que había de quererme por su voluntad, pero a la fuerza.

DON ANTONIO

¿Y por qué?

PACO

Porque su cariño era mío y no de nadie.

DON ANTONIO

No digas eso.

PACO

Dígame usted lo que hago y lo que digo.

DON ANTONIO

Lo que has de hacer es presentarte noblemente a la justicia.

PACO

Sí, señor.

DON ANTONIO

Y decir que la pasión de los celos te arrebató... que no supiste lo que hacías, que estabas desesperado, que te encontraste con ella casualmente.. que la rogaste, que la lloraste, que ella hizo mofa de tu cariño. . que te insultó, que tú entonces perdiste la esperanza, y que, ciego, frenético, la razón perdida, no recuerdas cómo ni de qué manera la heriste.

PACO

Como usted me dice lo haré.

DON ANTONIO

Llorarás mucho, te desesperarás, dirás a gritos que no quieres sobrevivir a la muerte de tu Amalia. Todo esto, bien adobado en las columnas de la Prensa, provocará a tu favor hasta las simpatías de los hombres, que las mujeres se

interesarán románticamente por ti, y habrá alguna que hasta envidiará a la Amalia.

PACO

Me vuelve usted el alma al cuerpo; ¿cuándo quiere usted que vaya al Juzgado.

DON ANTONIO

Ahora mismo.

PACO

Pues entonces, adiós.

DON ANTONIO

Buena suerte.

PACO

Adiós, madre.

Besa a PAULA y vase

## ESCENA XII

DON ANTONIO, SALVADOR, la señora  
PAULA.

PAULA

Don Antonio, yo no sé si será bueno o será malo lo que usted hace, pero salva usted a mi hijo...

DON ANTONIO

Esto es un crimen pasional y casi no pasa día sin que haya uno. Con ellos se podría establecer una estadística de mortalidad por el estilo del tifus exantemático o las viruelas. Como el mal es endémico, carece de importancia, y si no fuera por la víctima, diría que es una puerilidad preocuparse por tan poca cosa. Paco está en la calle tan pronto como pase el proceso a conocimiento del Jurado. Si fuera por robo sería otro cantar: el sentimiento de la propiedad es inatacable y al ladrón lo condenan a rajatabla por haber herido la fibra más sensible, que es el bolsillo. Los atentados a la vida humana son—por suerte de Paco—cosa distinta. Es más, si hubiera herido solamente a su víctima le condenarían de seguro, porque no se podrían probar ciertas cosas, pero como ha tenido el acierto de matarla *definitivamente*, ya puede usted contar desde ahora con la libertad de su hijo, y lo que es más, con su rehabilitación.

PAULA

¿Lo defenderá usted, don Antonio?

DON ANTONIO

Pues no faltaba más. Tengo yo para estos casos un arsenal de latiguillos que no hay Jura-

do que se resista, y si no fuera así, con seis jueces populares que sean nuestros, nos basta. Y a seis los ganamos: a unos por el terror, a otros por argumentos más sugestivos.

SALVADOR

Que escucha atónito y que no puede contenerse.

¡Don Antonio, por su madre de usted!

DON ANTONIO

¿Qué dices, hombre?

SALVADOR

¡Que soy honrao, y no puedo más, señor; que mi conciencia salta y se rebela!...

DON ANTONIO

¿Por qué?

SALVADOR

Porque el mundo que usted pinta es como pa no vivir en él. Yo quiero el bien para mi madre; yo quiero el bien para los míos; pero yo no quiero ningún bien que no se funde en la moral. Ya veo que el crimen de mi hermano no es él solo a cometerlo. Es cómplice usted, somos cómplices nosotros, son cómplices los jueces, es cómplice el pueblo. Y si como soy hermano

del asesino fuera hermano de la muerta y su sangre me llegara a lo vivo, saldría por esas calles diciendo a gritos que esto era un crimen de todos, un crimen de todos...

PAULA

Reprendiéndole.

¡Salvador!

A DON ANTONIO, temerosa de que se haya ofendido.

No se enfade usted con él, que no sabe lo que se dice...

SALVADOR

¡Pobre madre!... ¡Santa egoísta de mi alma! Estate tranquila, que Paco no se perjudicará por mi culpa.

A DON ANTONIO.

¿Verdad que me dispensa usted?

DON ANTONIO

¿De qué?

SALVADOR

Del pronto que he tenido... Pero me ahogaba de pena pensando en la Amalia, pensando que por culpa de uno de los míos quedan unos niños sin amparo...

A PAULA, con ternura.

Sintiendo de este modo quizá te honre más

que alegrándome, porque la justicia duerma si-  
quiera sea para no castigar a un hermano...

PAULA

Resentida.

¿Qué dejarás al fiscal, hijo mío, cuando acu-  
sas tú?

DON ANTONIO

Déjelo usted estar, señora Paula; que no hay  
cosa peor que un obrerito con puntas y ribetes  
de sabihondo.

SALVADOR

Tiene usted razón, que la poca luz, por poca  
que sea, hace abrir los ojos.

PAULA

¿Condenas a tu hermano?

SALVADOR

No lo preguntes, madre...

PAULA

¿No tienes caridad?

DON ANTONIO

Déjelo usted, Paula. Que si su hijo tiene razón,  
es seguro que no tiene caridad, y si tiene cari-



dad, es lo más probable que no tenga razón. Dejemos las cosas como están, que lo principal es que Paco salga bien y usted quede tranquila...

PAULA

¡Qué bueno es usted!

DON ANTONIO

¡Cómplice, nada más!

PAULA

¡Dios lo ha traído a esta casa!

DON ANTONIO

Eso es harina de otro costal. No hagamos a Dios también, como dice Salvador, cómplice de estas miserias. Estas son cosas corrientes y naturales en la vida del pueblo español. Aquí lo esencial es que esté usted tranquila.

A SALVADOR.

Y que tú también lo estés, puritano. ¡A vivir, qué demonio!

A PAULA.

Piense usted para su alegría en que Paco estará dentro de muy poco en libertad provisional. Lo necesito para el día de las elecciones.

TELÓN RÁPIDO



## ACTO TERCERO

La escena representa el interior del café de las Salesas. La puerta de la calle al fondo. El mostrador a la izquierda. Divanes, mesas, sillas, etc. Enfrente de la puerta de entrada, y apoyado en una columna, está el puesto de cerillas. Es de día.

### ESCENA PRIMERA

PEPE, el cerillero y CRISANTO, el camarero departen al lado del cajón de las cerillas.

PEPE

¿Qué haces, Crisanto?

CRISANTO

Filosofar.

PEPE

¿Y qué es eso, hombre?

CRISANTO

No hacer nada.

PEPE

Pues es una ocupación.

CRISANTO

Y que lo digas. Tan y mientras filosofas no haces nada con el cuerpo, pero la sesera trabaja porque está llena de cédulas fosfóricas.

PEPE

Entonces el cerebro viene a ser algo así como una caja de cerillas.

CRISANTO

Mismamente considerao algo así, con la diferencia de que las cerillas no dan luz más que cuando las rascan; en cambio, las cédulas nerviosas se rascan unas con otras y dan la luz de la inteligencia.

PEPE

¿Sabes que eres un périto en astronomía?

CRISANTO

En anatomía comparada, querrás decir.

PEPE

Me atolondras y me incapacitas con lo instruí que eres. Sabes una porción de cosas, Crisanto.

CRISANTO

Amigo Pepe, hay gobernadores de provincia

que son más burros que yo; pero hoy las carreras están tan malamente, que tiene uno que agarrarse a la bayeta.

PEPE

Bueno, ¿y con qué se come eso de filosofar?

CRISANTO

Con experiencia de la vida y ganas de fisgar en los arcanos.

PEPE

¿En los qué?

CRISANTO

En los misterios de la creación.

PEPE

Tú has bebío, Crisanto.

CRISANTO

Eres vulgo, Pepe, y como, aunque parezca mentira, eres también un cerillero sin luces, me inhibo de tu apreciación alcohólica y renuncio a desasnarte.

PEPE

Hombre, no, dispensa. La cuestión es pasar el rato.

CRISANTO

¿Puedo seguir mi disertación u qué?

PEPE

Puede seguir su señoría; pero con libertad de crítica por mi parte, lo mismo pa pedir el premio Nobel, si me gusta, que las mulillas, si no me gusta, que yo antes que nada soy un ciudadano individual.

CRISANTO

Bueno, a lo que íbamos. Yo estaba diciendo que filosofar es considerar la vida.

PEPE

¿Y qué consideras aquí?

CRISANTO

Un prisma.

PEPE

¿Cuál?

CRISANTO

El café.

PEPE

¡Anda la órdiga! ¿Y qué sacas en limpio en un establecimiento tan chico?

## CRISANTO

Pues tan chico como dices, un café es el fotograbao de la vida. Porque, ¿qué es la vida más que un café restorán muy grande? Unos que comen a dos carrillos y otros que ven comer. Los que vienen de sombrero y los que vienen de gorra, el que tira lo que tiene y el que se aprovecha del que tira. Y en cuanto a símbolos u emblemas tú veras que aquí vienen la política, la curia—las buenas y las malas artes—, el amor, el vicio, lo bonito, lo feo. Hay tertulia en que se paga un refresco a la una de la tarde y te tienen una mesa confiscá hasta la una de la noche: esa es la literatura o la vagancia. Yo represento el trabajo; el mostrador, la propiedad; tú, el comercio; los papeles que llevas, la Prensa; las cajas de cerillas que expendes, el robo, y los espejos del establecimiento que se dan y se reciben las imágenes multiplicás de todas las monadas que te he dicho, el torbellino de la vida donde nos reflejamos un momento pa no dejar luego rastro de ná.

## PEPE

¿De modo que mis cerillas son el robo?

## CRISANTO

El robo y otra cosa.

PEPE

¿El qué?

CRISANTO

Las de diez céntimos son la aristocracia; las de cinco, la clase media; y las de cocina, la clase obrera.

PEPE

Eso sí que no.

CRISANTO

¿Por qué?

PEPE

Porque así resultaría que los que gastan más humos son los proletarios.

## ESCENA II

DICHOS y JONIO DE HISPALIS, que viene de la calle. Se sienta en un diván de la derecha y da una palmada. Aproxímase CRISANTO.

CRISANTO

¿Qué va a ser, don Jonio?

JONIO

Le he dicho a usted que no me llame don Jo-



nio. Yo me llamo don Benito Sánchez y "Jonio de Hispalis" es mi seudónimo en la Prensa, en el libro y en el teatro. Lo digo porque anoche me llamó usted don Jonio y la beocia habitual en este cenáculo volvió la cara en son de pitorreo.

CRISANTO

Bueno, don Benito.

JONIO

Eso está mejor. Don Benito soy para el café, la calle y la patrona. Cuando el seudónimo se haya acreditado y "Jonio de Hispalis" suene, como "Dorio de Gadex" y "Gabriel D'Annunzio", que también son motes, entonces puede usted llamarme todo lo "Jonio" que le dé la gana. Interin, no.

CRISANTO

Es que don "Jonio" no se llama tó el mundo. Y como algunas veces me ha llamao usté a mí Ganímedes...

JONIO

Será la última vez. ¿Ha venido el señor Cuesta?

CRISANTO

No, señor.

JONIO

Bueno; pues sírvame café.

CRISANTO

¿Taza o vaso?

JONIO

Como siempre.

CRISANTO

¡Feeeeeé!...

JONIO

Antes de colocar sobre la mesa unas  
cuartillas que saca del bolsillo.

Está la mesa llena de dibujos al lápiz. Pase  
usted el paño.

CRISANTO

Mientras limpia la mesa.

Quisiera yo saber quién es el sicalítico que  
ha pintaó en la mesa este símbolo tan descar-  
rao... Y por si fuera poco, vaya letrerito...: «Vi-  
van los Imperios centrales» y «No más calvos».  
Quisiera yo saber quién es el gracioso, porque  
yo—como neutral—soy aliado y además Calvo.  
Crisanto Calvo, pa servirle.

## ESCENA III

DICHOS y la señora PAULA con GREGORIA y PETRA, por la calle.

GREGORIA

Pero, señora Paula, ¿pa qué llora usted?

PETRA

También es gana de darle aire al moquero.

GREGORIA

Si el chico va a salir asuelto.

PAULA

Sí, ya lo sé. Si tienen ustedes razón. Es que soy muy tonta y no puedo menos de apurarme.

Se sientan ante una mesa de la izquierda.

A CRISANTO.

JONIO

¿Quiénes son esas mujeres?

CRISANTO

La del lao de acá me parece que es la madre del procesado.

JONIO

¿De qué procesado?

CRISANTO

De uno que mató a su novia en la calle de Toledo. Hoy se está viendo la causa en las Salesas y habrán venido aquí para esperar noticias. Fué un crimen muy sonao.

JONIO

No me gustan los crímenes del vulgo.

CRISANTO

¿Pues cuáles le gustan a usted?

JONIO

Los de las personas decentes.

CRISANTO

¿Quiere usted algo más?

JONIO

Que venga el cerillero.

CRISANTO da un silbido y se traslada a la mesa que ocupan las mujeres.

PEPE

Acercándose.

¿Cerillas?

JONIO

No; recado de escribir.

Le sirven café y vuelve el cerillero  
con una carpeta.

CRISANTO

En el grupo de las mujeres.

Ustedes dirán.

GREGORIA

Yo café con media, que es la hora que es y  
no me he desayunao tan siquiera.

PETRA

A mí una copa de anís del mono.

CRISANTO

A PAULA.

¿Y usted?

PAULA

Buena estoy yo pa convites... Quisiera que  
las horas fueran minutos.

PETRA

No le haga usted caso.

GREGORIA

Traígala usted un té con azahar y pastas.

PETRA

Eso está bien pensao.

CRISANTO

Ustedes perdonen el reportaje; pero me quiere parecer que esta señora es la madre del procesado, ¿no es así?

GREGORIA

Sí, señor; la señora Paula Benítez. ¿No ha visto usted anoche su retrato en el *Heraldo*?

PETRA

Está muy parecía.

PAULA

¿Queréis callaros? Esto de ir pregonando a los cuatro vientos quién es una me tiene el interior muy negro...

GREGORIA

Pues es usted una tonta y no hay pa qué abochornarse, porque usted es buena y honrá y sus hijos lo mismo; y eso de salir el retrato de usted en la Prensa no es deshonrable, sino tó lo contrario, que al lado del de usted ha salido la fotografía de una de esas tiples que dan conferencias en el Ateneo sobre la libertad de la enseñanza.

## ESCENA IV

DICHOS, RAMIRO por la calle.

RAMIRO

Aproximándose a la mesa de BENITO.

Hola, chico.

JONIO

Aquí tengo el drama. Está terminado.

RAMIRO

¿Cómo es?

JONIO

Pertenece al género poético. Es una rapsodia dieciochesca.

RAMIRO

¿Cómo lo titulas?

JONIO

«El minué de las tres Gracias».

RAMIRO

¿Dónde vas a estrenarlo?

JONIO

En la Princesa. Me lo recomienda Don Jacinto.

RAMIRO

¿Me lo vas a leer?

JONIO

En voz baja: escucha.

Toma las cuartillas y lee. CUESTA  
oye y fuma.

GREGORIA

A CRISANTO, en el grupo donde  
está la señora PAULA.

Es lo que yo la digo, sabusté, que esté bien  
tranquila; que esta noche duerme su hijo en su  
casa.

PETRA

Cuando el Juroo y tó el mundo está a su fa-  
vor, no pué ser por menos.

PAULA

Sí; tó lo que ustedes quieran, pero yo me  
ahogaba ya en la Audiencia viendo al pobre hijo  
delante de los jueces, con la cabeza baja y llo-  
rando, que se me partía el corazón de verlo.  
Luego la vergüenza de que todo el mundo la  
mire a una.

PETRA

Pues anda; menudas felicitaciones ha recibío



usté por adelantao. Como que esos delitos no se pueden castigar, señor. Si son pasionales.

## GREGORIA

Eso; que cuando me quiera un hombre que sea pa matarme si soy mala mujer. Eso mismo. Al que le echaba yo cadena perpetua pa toda la vida es al frescales que esté casao— aunque sea por detrás de la iglesia—, con una mujer decente, y luego se deja atontolar por una gamberra, que las hay de aúpa, señora Paula. Pero a su hijo de usté, tan guapo, tan enamora, que mata por fatigas del alma... ¡vamos, hombre!

## CRISANTO

Ese es el sentir del pueblo, y si ustedes han visto funciones de teatro, que es la única extensión universitaria que habrán tenío ustedes, habrán observao—pongo por caso—que en *La Dolores* mata por celos hasta un aprendiz de cura, que *Juan José* es otro pasional y que hasta en la *Verbena de la Paloma* se repite un porción de veces aquello de:

»También la gente del pueblo  
tiene su corazoncito,  
y lágrimas en los ojos,  
y celos mal reprimíos.»

Si está en la masa de la sangre social, señor.

GREGORIA

¿Y qué me dice usted del fiscal?

A CRISANTO.

¿Usted no lo ha oído?

PAULA

Apurada.

Cállese usted, Gregoria, que no puedo más...

GREGORIA

Pero, señora Paula, si aquello no era boca, si era una alcantarilla... ¡Mire usted que momificar las conclusiones! ¡Vamos, que le hubiera dao así con la tarta de luto que llevaba en la cabeza!...

CRISANTO

¿Y a qué altura está la vista?

GREGORIA

¿Cuál?

CRISANTO

El juicio oral, digo.

GREGORIA

En los postres, como quien dice; deliberando el Jurado.

PETRA

¡Que va a salir libre, señora Paula!

GREGORIA

Pero el que le dió pa el flato al fiscalito ese fué el defensor. ¡Vaya unos timos bien buscaos pa llegar al alma!... Mire usté que ojos traigo, que parecen dos puñalás en un tomate. Tan conmovía y tan accidentá me puse que llegué a pensarme que estaba en el teatro, y mirusté, he puesto tres moqueros tan mojaos, que no parece sino que he cogió la gripe, y no es ná de eso, no, señor; que tengo las narices más secas que un diecito de mojama; es que hubiera echao el higadillo por los lagrimales si dura un minuto más aquella tontería de defensa.

PETRA

¿Pues y el presidente?

GREGORIA

¿Dónde me dejas tú a ese agresivo?

CRISANTO

¿Metió la pata?

GREGORIA

Hasta el cuadril. Mire usté que decirle al Ju-rao, cuando estaban los hombres conmovíos por la defensa, que la sociedad estaba pendiente de su fallo, que esta casta de crímenes eran fruta

del flamenquismo, que la chulería era una plaga de la Nación y otras metáforas pa su abuela. . . ¡Vamos, hombre, que no hay derecho, que el presidente tiene que ser imparcial y por eso protestó el público, y el muy tirano mandó despejar la sala como si fuera pa él solo, que es lo que yo digo!

PAULA

Lo que yo digo es que me estoy muriendo con la espera... ¿Qué será de mi hijo, Dios mío, qué será?

PETRA

Bajo a PAULA.

¿Pero no le ha dicho a usted don Antonio que esté tranquila con el fallo?

PAULA

Sí, pero hasta que no lo vea, no pue ser que esté tranquila. No pue ser, no. Yo salto del asiento, yo no tengo nervios para estarme quieta.

GREGORIA

Pero, señora Paula.

PAULA

Levantándose.

Vámonos.

GREGORIA

Viendo que CRISANTO deja el servicio sobre la mesa.

Ahora que nos traen el servicio...

PAULA

Sí.

Asoma por la puerta de la calle el señor HIGINIO.

GREGORIA °

Ya está aquí el señor Higinio.

PAULA

¡Virgen de la Paloma!

## ESCENA V

DICHOS y el señor HIGINIO, que viene congestionado de alegría; instantes después SALVADOR por la calle; luego el DUEÑO DEL CAFÉ, por la izquierda.

HIGINIO

Agitando el sombrero.

¡Libre!

PAULA

Con un grito.

¡Hijo de mi alma!

HIGINIO

Abrazando a la señora PAULA.

¡Venga un abrazo!

GREGORIA

¡Libre, señora Paula!

GREGORIA y PETRA lloran de alegría.

HIGINIO

¡Viva la justicia popular!

PETRA

¡Señora Paula!

HIGINIO

¡Ele por la democracia!

GREGORIA

A PAULA.

¿No me oye usted?

SALVADOR

Entrando rápidamente por la calle.

¡Madre!

HIGINIO

Notando que PAULA está desvanecida.

Ha perdido el conocimiento...

CRISANTO

De alegría.

SALVADOR

Asustado.

¡Madre!

HIGINIO

Traer algo, pa que vuelva en sí.

EL DUEÑO

Por la izquierda, gruñendo.

Este es un sitio público.

CRISANTO

Señalando a la izquierda.

Llevarla a aquel rincón.

EL DUEÑO

Que se junta gente en la puerta.

SALVADOR

Madre, madre...

Se llevan entre todos a la señora PAULA por la izquierda. Quedan sólo en escena JONIO de HISPALIS, leyendo, y RAMIRO CUESTA, escuchando. El primero, muy abstraído; el segundo, atento a la lectura y a lo que pasa en el café.

## ESCENA VI

JONIO DE HISPALIS, RAMIRO CUESTA  
y CRISANTO, que va y viene rápidamente.

JONIO

Malhumorado.

No le dejan a uno leer...

RAMIRO

Sigue, sigue.

JONIO

Leyendo con énfasis.

«Princesa:

¿Diréisme, guerrero  
que lleva en la espada  
el áureo reflejo  
de antigua leyenda,  
de lejana ofrenda?...  
¿Diréisme, trovero  
que lleva en la lira  
con trinos de Orfeo  
las notas perladas  
de noches sagradas  
que amor no es sutil  
caricia de abril?

Pausa.



El poeta:

Lejana princesa  
de país lejano,  
de la blanca toca,  
de la fina mano . . .  
Os digo, a mi vez,  
que amor es vejez.  
Anacreón lo jura,  
Platón lo asegura.  
La carne envejece,  
pero el alma no  
— que es eterna el alma —  
y confunde amor,  
guedejas de plata  
con sangre escarlata.

Otra pausa.

¿Qué te parece?

RAMIRO

A CRISANTO, que acierta a pasar en  
este momento.

Oiga usted, ¿cómo sigue esa pobre señora?

CRISANTO

Mejor; es alegría lo que tiene.

Vase.

JONIO

Levantándose y recogiendo sus cuar-  
tillas con malos modos.

Hombre, tienes cosas de a perro chico. Estar

leyendo yo un poema dramático que está bien, que me consta que está bien, creer que estás atento y tú con la atención en otra parte.

RAMIRO

Naturalmente; entre tu comedia, que es literatura, y la realidad, que estaba aquí quemándome los oídos, me interesaba más la realidad.

JONÍO

Disparándose.

Yo, cuando leo, estoy dando mi alma entera, y me pongo nervioso cuando me interrumpen con una salida de pie de banco.

RAMIRO

Pues ya que te incomodas, te diré mi opinión absolutamente sincera. Cuando con un oído escuchaba tus versos almibarados, ayunos de sinceridad y de emoción, y con otra oreja atendía a un drama real, a un drama que brota espontáneo en un rincón cualquiera sin que lo vean tus ojos, sentía piedad por ti, por tu literatura, por la juventud a que perteneces, que alucinada por una estética decadente, vive tan desintegrada de la vida angustiosa de su patria y de sus problemas candentes como si fuera la juventud de otro planeta. Ya lo sabes.

JONIO

Tienes un espíritu plebeyo.

RAMIRO

Bueno; dejemos la cuestión.

JONIO paga el café a CRISANTO y vase. RAMIRO sale al poco rato.

## ESCENA VII

EUSEBIO, que viene de la calle y CRISANTO.

EUSEBIO

Oiga usted camarero.

CRISANTO

Pá servirle.

EUSEBIO

Señalando a la izquierda.

Hágame usted el osequio de llamar a aquel hombre, al más joven de los dos, al que está pegao junto a la vieja.

CRISANTO

Entendió.

EUSEBIO

Y dígale usted de mi parte que está aquí un amigo que quiere hablarle reservao.

CRISANTO

Conforme.

Medio mutis.

EUSEBIO

Oiga.

Vuelve CRISANTO.

En el entretanto me trae usted una caña de cerveza, y a él... pues lo que pida.

CRISANTO

Bueno.

Vase CRISANTO. Pausa. EUSEBIO se sienta en una mesa del centro.

## ESCENA VIII

EUSEBIO y SALVADOR, que viene por la izquierda. CRISANTO sale oportunamente para servir lo pedido.

SALVADOR

¿Quién me llama?

EUSEBIO

Servidor.

SALVADOR

Usté dirá.

EUSEBIO

¿No me conoce usté? Yo soy Eusebio: el que fué novio de la Amalia, que en paz descanse.

SALVADOR

No le he visto a usté más que una vez.

EUSEBIO

Pues ya son dos.

Ofreciéndole una silla.

¿Quiere usted tomar asiento?

Dándole tabaco.

¿Usté fuma?

SALVADOR

Gracias.

Fuman.

EUSEBIO

A usté le chocará que yo lo llame, lo cual que me lo explico, porque, como es natural, usted tiene que estar político con las personas de conciencia que en el asunto de la Amalia han ido a deponer en el proceso en contra de su hermano Paco.

CRISANTO deja la cerveza sobre la mesa.

¿Quiere usté tomar algo?

SALVADOR

Muchas gracias.

EUSEBIO

Una copa. Lo cortés no quita lo valiente.

SALVADOR

No, señor; muchas gracias.

Vase CRISANTO.

EUSEBIO

Bueno; pues como le iba diciendo, no tiene que llamarle a usted la atención el esabruto de que yo, enemigo natural de Paco, le pida una conferencia pa cosas reservás, pa cosas de hombre...

SALVADOR

No lo entiendo a usted.

EUSEBIO

Deje usted descansar al macho que to se andará. Por la difunta Amalia tengo olvidao que usted es un hombre completo, ¿estamos? Sé yo que tiene usted un corazón que no le cabe en el pecho, y a eso iba, a tocarle a usted en el lao izquierdo, ya que las cosas han venío del modo y manera que han venío... ¿estamos?

SALVADOR

Sí, señor, y lo que deseo es que usted me diga pronto lo que quiere.

EUSEBIO

Mire usted: usted sabe que yo iba a contraer matrimonio con la Amalia cuando vino la desgracia... Con la mano sobre el corazón le juro a usted que yo la quería a perecer. Era bonita, honrá, trabajadora, limpia... Era una chica muy completa, muy completa pa mí... La pobre... Ya sabe usted lo demás, que si hubiera justicia... Pero, en fin, me callo por política, por política ná más, amigo Salvador, y usted me entiende. Bueno; pues es el caso que la Amalia ha dejao dos chicos en el mundo, ¿sabusté?

SALVADOR

Sí, señor.

EUSEBIO

El día de la desgracia—parecía que el corazón se lo anunciaba—estaba la pobre muy apurá con las amenazas de muerte de Paco, y en un arrechucho que le dió en el cerebro se le representó su sino tan clavao que vino a pedir-me que si Paco la mataba a la vuelta de una esquina que yo no dejara en el arroyo a sus

hermanitos, sino que los mirara como hijos míos. — “Que se te quiten esas cosas de la sesera, mujer.” — “Que no, Eusebio, que ese hombre va a matarnos a tos.” — “Mira que son aprensiones tuyas.” — “Pues júrame por tu madre que si yo falto denantes de casarnos no se quedarán en la calle mis hermanos.” ¿Y yo qué iba a hacer? Pongase usted en mi caso... Lo uno porque yo no creía que Paco se atreviera a semejante barrabasá, lo otro por tranquilizarla—porque ya le digo a usted que la Amalia era una moza muy completa pa mí—, pues fuí y le juré lo que quería sin pensar en las vueltas que da el mundo; pero estaba escrito lo que había de suceder, y de la noche a la mañana me vi con dos criaturas en mi casa, como si yo fuera el Padre Eterno.

SALVADOR

Tiene usted mucho corazón, Eusebio.

EUSEBIO

Deje usted descansar al macho, Salvador, y escuche. Usted sabe que los juramentos que se dan en artículo mortis sirven más bien pa que las personas mueran contentas, que pa ligarse uno con imposibles.

Gesto en SALVADOR.



No se asombre ustedé, porque yo no soy ningún don Quijote ni ustedé tampoco. Hágase ustedé el cargo, y argumente luego. Hace catorce meses que mató su hermano de ustedé a la Amalia, que en paz descanse. Me dejó dos críos sin más obligación que una moral de una palabra que se lleva el viento. Yo soy un triste jornalero, pobre como el que más, y lo que gano lo necesito pa mí, que yo no soy ningún plutócrata pa cargar con los resultaos de las culpas ajenas. Yo quise a la Amalia de buena fe; pero el tiempo que pasa es talmente como una esponja que va borrando poquito a poco los retratos de los muertos, y pa mí el recuerdo de la Amalia va siendo ya como si hubiera hecho un viaje y me recordára de una estación muy bonita, pero ná más. He llegao al punto de mi destino y como soy joven y necesito vivir y mirar por el número uno, vea ustedé por donde he conocío a la Engracia—bueno, ustedé no la conoce—, pero le diré que la Engracia es bonita, hacendosa..., vamos, una mujer muy completa, muy completa pa mí.

SALVADOR

¡Qué triste es, qué triste, y qué natural lo que está usted diciendo!

EUSEBIO

¡A ver! La Engracia dice, y con razón, que ella no quiere, al casarse conmigo, más hijos que los suyos y los míos... Póngase usted en mi caso. ¿Qué voy a hacer?

SALVADOR

¿Y dónde están esos niños?

EUSEBIO

Hoy los vestí de limpio. Y como yo quería el castigo de su hermano por estimarlo de justicia, los he llevado a la Audiencia pa ver si con el espectáculo de esos infelices críos se les movía el alma a los juraos y no se dejaban ganar por las artimañas que tos sabemos. Perdone usted este mal trago, pero yo digo mi sentir, aunque sea usted de la parte contraria, porque no soy engañador.

SALVADOR

¿Y dónde están?

EUSEBIO

¿Los niños? En la sala de testigos los he dejao. Conque ya sabe usted tanto como yo. Esos niños tienen que ir a un hospicio. Estaba escrito... Digo, si las personas que han hecho el

mal no se ponen a remediarlo... Y a usted se lo digo como persona interesá y de carácter, porque cruzar yo la palabra de Dios con Paco, que mató a la Amalia... ¡ya escampa! Era muy completa, muy completa pa mí... Me voy a buscar a la Engracia, y ya nos veremos, ¿eh?

Se levanta.

SALVADOR

Escuche usted.

Oyese dentro, hacia la izquierda, rumor animado de conversación.

EUSEBIO

Ahora no; viene pa acá su gente, y yo me quito de en medio. Lo buscaré más tarde. Adiós.

SALVADOR

Tendiéndole la mano.

¡Eusebio!

Después de estrecharse la mano en silencio, vase EUSEBIO.

## ESCENA IX

SALVADOR. Instantes después la señora PAULA.

SALVADOR

Que ha permanecido breves instantes meditando.

No pué ser por menos, no pué ser...

Volviéndose a la izquierda y llamando.

¡Madre!

PAULA

Dentro.

¿Me llamas?

SALVADOR

Te llamo; con permiso de esos amigos. Acércate.

PAULA

Dentro.

Con permiso.

Saliendo.

¿Qué quieres?

SALVADOR

Que te sientes.

Paula se sienta.

¿Estás mejor?

PAULA

Si no tenía más que un alegrón muy grande.  
¿No estás contento tú?

SALVADOR

De verte a ti, claro que lo estoy.

PAULA

Lo dices muy triste, hijo mío.

SALVADOR

No lo creas.

PAULA

A mí no me engañas. Tú tienes los ojos brillantes. Parece que has llorao.

SALVADOR

Como tú.

PAULA

Como yo, no. Yo estoy contenta. A ti te pasa algo.

SALVADOR

No.

PAULA

Inquieta al observar la actitud remisa de SALVADOR.

Atrévete a decirme lo que sea. ¿Con quien hablabas aquí?... ¿Quién era ese hombre?

SALVADOR

¿Ese? No puedes figurártelo.

PAULA

¿Quién?

SALVADOR

Eusebio.

PAULA

¿El novio de Amalia?

SALVADOR

Sí.

PAULA

Asustada.

¿Viene contra Paco?

SALVADOR

Ni lo pienses. Ese odio ya pasó.

PAULA

¿Entonces?

Pausa.

SALVADOR

Con embarazo; como temiendo abordar un asunto grave.

Madre... ¿serás buena conmigo? ¿Comprenderás lo que tengo que decirte?

PAULA

No me asustes...

SALVADOR

No te prevengas en contra mía, que los únicos disgustos que hemos tenido en la vida fueron a cuenta de las faltas de mi hermano, que por mi parte no quise más que verte satisfecha de mí.

Ligera pausa

Madre, ¿tú has pensado un momento que esta noche Paco y yo tenemos que dormir en casa, que un mismo techo nos va a cobijar?

PAULA

¿Y qué, hijo mío, qué tienes que decir a eso?

SALVADOR

¿Pero no te has hecho cargo de que Paco y yo somos incompatibles, de que Paco y yo somos hermanos na más que por la sangre? ¿Tú no sabes que lo que junta las criaturas son las almas? Mi hermano y yo no cabemos en una casa tan chica... El me tiene un odio muy enconao porque sabe que yo no estoy conforme con su manera de ser, con lo que ha pasao, con lo que está pasando... ¿No tienes miedo, conociéndole a él, conociéndome a mi, de que choque-

mos el día menos pensao por una futesa cualquiera? El incendio estalla no se sabe cómo, porque es Dios el que manda la chispa cuando menos se piensa. . . Ya no es un extraño, ya es un hermano enfrente de otro. . . Acuérdate de aquellos gritos de la pobre Amalia: "Hay que evitar. . . hay que evitar. . ."

PAULA

¿Qué temes, Salvador, qué piensas?

SALVADOR, calla.

Tú odias a Paco, tú le odias.

SALVADOR

Tanto como eso, no.

PAULA

Es tu hermano.

SALVADOR

Mi carne es hermana de la suya, eso sí, pero no mi conciencia.

PAULA

¡Hijo!

SALVADOR

Mi carne es hija de la tuya también, pero mi conciencia no. Con ser tú tan alta, viene de más



alto. La recibo de ti con mi vida, pero nace de Dios. ¿Cómo no se ha de volver contra un hermano, si se vuelve contra uno mismo si hacemos mal a sabiendas? ¿Cómo vamos a mandar en ella si ella es la que manda en nosotros, y es la primera que nos castiga y la última que nos premia? Cavila un poco y verás cómo tengo razón.

PAULA

Yo no sé más que querer, Salvador; yo no tengo esa conciencia pa mis hijos.

SALVADOR

Porque eres ciega a fuerza de ser madre.

PAULA

¿Y qué quieres que haga? ¿Quieres que eche a tu hermano?

SALVADOR

No es eso...

PAULA

¿Qué sería de él, sólo, entregao a sus vicios, ahora que necesita más que nunca el arrimo de su madre?

SALVADOR

Sí, tienes mucha razón. Sí, puede que tú sola,

entre cuatro paredes con él, consigas más que nadie, porque lo único que él respeta eres tú. En cambio, yo es otra cosa: el ejemplo que yo pueda darle da el resultado contrario; lo tengo visto. Es mucho amor propio el suyo... Yo creo que delante de mí no se enmienda na más que por no dar su brazo a torcer; por mala educación... Na más que por eso. Si me lo sé de memoria.

PAULA

Entonces lo que quieres es separarte de nosotros...

SALVADOR

Si no fuera por lo que me ha dicho Eusebio en este mismo sitio... A pesar de los pesares y con todo lo que te he dicho, no habría fuerza humana que me apartara de tu lado, pero...

PAULA

Pero ¿qué?

SALVADOR

Madre; fíjate, por Dios, en lo que te digo. Si yo cometiera un delito... si yo a un semejante mío le hiciera un daño muy grande, muy malo...

PAULA

¿Tú?

SALVADOR

Yo no. Es un decir. Si yo a una mujer buena le quitara la honra.. Es un ejemplo... ¿Qué querrías tú que hiciera?

PAULA

Devolvérsela.

SALVADOR

¿A costa de qué?

PAULA

A costa de tó.

SALVADOR

Y si el daño, en igual de ser en la honra, fuera en la vida, que eso sí que no se devuelve, y no fuera uno precisamente el autor de ese mal, sino su mismo hermano—es un decir—y este hermano, en vez de reparar el daño con las criaturas ofendías por él que quedaran en el mundo, no lo hiciera y, antes al contrario, se mostrara contento de su delito—es un suponer—, ¿no verías tú con gusto que yo, tu hijo Salvador, por amor a ti, madre, por amor al bien, por amor a mi mismo hermano...?

PAULA

Atónita.

¡Calla!

Oyese rumor de gente en la calle. Se abre la puerta del café y aparece PACO con DON ANTONIO. Ambos son felicitados por unos cuantos que les rodean. Oyense vivas y aplausos. Salen a escena GREGORIA, PETRA, el señor HIGINIO, PEPE, CRISANTO, etcétera.

SALVADOR

Ahí tienes a tu Paco. Si hay alguien que le salve, ya te he dicho que eres tú...

PAULA

Acudiendo a su otro hijo, transportada de gozo.

¡Paco!

## ESCENA X

DICHOS y PACO y DON ANTONIO, por la calle; GREGORIA, PETRA, El señor HIGINIO, PEPE, CRISANTO y EL DUEÑO DEL CAFÉ. CURIOSOS en las puertas.

PAULA

A PACO.

¿Estás bueno? ¿Cómo estás?

PACO

Tan campante.

GREGORIA

Que sea enhorabuena, Paco.

PACO

Yo estaba más tranquilo, más tranquilo estaba... ¡Si la verdad no tiene más que un camino, señor!

GREGORIA

¿Y dónde me dejan al abogao?

HIGINIO

¡Vaya un tío con mano izquierda!

CRISANTO

Con un padrino así, no hay criminal que no vaya a la calle.

HIGINIO

¡Viva la justicia popular!

Entusiasmo, apretones de mano, etcétera.

DON ANTONIO

Bueno, bueno; menos expansiones y vamos al avío, que estamos alborotando el café.

GREGORIA

Pa cuando es Pascua.

EL DUEÑO

Tiene razón el señor. Lo mejor es que vayan ustedes a un sitio escondido y pidan lo que quieran.

PACO

Eso mismo; yo quiero cenar aquí esta noche con tos. ¿No te parece, madre?

PAULA

Como quieras.

PACO

Pues, andando. ¡Hay cuchipanda, señores. Tengo una alegría...

PACO

A SALVADOR.

Y tú, Salvador, ¿no me dices na?

HIGINIO

A CRISANTO, a tiempo que hace mutis con todos.

¿Hay aquí plato del día?

## ESCENA XI

PACO, SEÑORA PAULA, SALVADOR,  
DON ANTONIO.

PACO

A SALVADOR.

¿No me dices na, hombre?

SALVADOR

¿Qué quieres que te diga, Paco?

PACO

¿No te alegras de verme en la calle?

SALVADOR

¿Tú estás orgulloso de tu libertad?

PACO

Yo sí.

SALVADOR

Yo no.

PACO

Amenazador

¡Salvador!

PAULA

¡Paco!

PACO

Déjeme ustedé, madre.

DON ANTONIO

Prudencia.

PACO

Con cierto aire insolente.

¿Qué vas a echarme en cara? La justicia dice que no he delinquío, que soy un hombre cabal, que puedo alternar con los demás hombres. . .

SALVADOR

Pues esa justicia que te echa a la calle es más aborrecible que tu mismo delito. Ese pueblo infeliz, porque es atrasao, que te da vivas porque mataste a una mujer con la disculpa de la pasión del cariño, vende a bajo precio la honra y la vida de sus madres y hermanas. Ese abogado, que quizá con el mejor deseo, hace equilibrios con el Código y chanchullos con el Jurado, comete, sin saberlo, un crimen más grande que el tuyo, porque tú mataste una mujer indefensa, pero él asesina la dignidad, la confianza en la ley.

PACO

Atónito.

¿Oye ustedé, oye ustedé, don Antonio?



DON ANTONIO

¿Me insultas?

PAULA

¡Por Dios, no lo tome usted en cuenta!

SALVADOR

¡Por encima de to está mi deber! ¡Hasta hoy he estado callando la verdad, pero la verdad rompe el disimulo pa llamar a las cosas por su nombre! Yo no estoy conforme con veredictos que pone los asesinos en la calle; yo no estoy conforme con que mi pueblo se represente en el mundo con un estoque en el morrillo de un toro y una navaja en la mano de un celoso. ¡No más leyendas de sangre, no más chulos ni matones!

DON ANTONIO

Estás loco, Salvador.

SALVADOR

Loco de pena estoy por mi madre.

PAULA

A Dón Antonio.

Perdónele usted.

SALVADOR

Abrazando a Paula.

Perdóneme Dios el mal que te hago en este momento, pero no está en mi mano evitarlo.

PACO

Don Antonio, ¿qué dice usted a esto? ¿Cómo voy yo a vivir con un hermano que quisiera verme en un presidio?

SALVADOR

Estáte tranquilo; yo te dejo el campo pa ti solo.

PACO

¿Qué dices?

SALVADOR

Que me voy a vivir fuera de casa...

PAULA

No...

SALVADOR

Sí...

A PACO.

Te dejo solo con la madre, a ver si ella te salva... No es posible que a su lado no veas clara tu bajeza y no te regeneres.

PAULA

¿Te vas?

SALVADOR

Me voy pa redimirlo.

## ESCENA XII

DICHOS y UN UJIER de la Audiencia  
con DOS NIÑOS, pobremente vestidos.

UJIER

Ustedes perdonen, ¿no está aquí el padre de  
estos niños?

PACO

Impresionadísimo.

Los hermanos de Amalia.

PAULA

¡Paco!

PACO

¡Ponte delante de ellos. Tápalos, madre!

UJIER

Los dejó un hombre en la sala de testigos y  
dijo que aquí, en el café, estaba su padre...

SALVADOR

Yo soy.

DON ANTONIO

Asombrado.

¿Tú?

SALVADOR

Yo mismo.

Todos miran a SALVADOR.

UJIER

Pues pa otra vez tenga usted más cuidao con ellos.

A Don Antonio.

¿Manda usted algo, Don Antonio?

DON ANTONIO

Nada; tome usted.

Le da una propina Vase el UJIER.  
Todos miran a SALVADOR admirados  
y suspensos.

## ESCENA ULTIMA

DICHOS, menos el UJIER.

DON ANTONIO

¿Qué has hecho, Salvador?

SALVADOR

Ya lo está usted viendo.

DON ANTONIO

Es una locura.

SALVADOR

¿Verdad que sí? Parece increíble, ¿verdad? Pues nada de eso. Na más natural ni más llano. Yo me constituyo desde ahora en el padre de estos niños.

PAULA

¡Hijo de mi alma!

PACO

¡Madre!

PAULA

Paco, ahora es cuando te absuelven, por tu hermano.

DON ANTONIO

Conmovido.

No hay más remedio que inclinar la cabeza ante lo que haces, Salvador. El bien, como tú lo practicas, está por encima de toda crítica. Noble ejemplar de la raza española eres. Por fortuna quedan muchos todavía. Admiraremos tu ejemplo los que aún no hemos tenido sinceridad ni fuerza para enmendar nuestros errores. No hay duda que el pueblo español es una gran materia prima de pueblo. Contribuyamos a su despertar.

## SALVADOR

Pues que cada uno, en lo suyo, trate de mejorarse pa mejorar a los otros. Yo quería emanciparme, salir de mi condición, ¡fuera egoísmos! Ya no me queda más que trabajar pa éstos, y juro ante Dios que no hay tarea que más me llene. La semilla está echada... Pelearé por ellos, trabajaré pa que tengan pan de trigo pa el cuerpo, pan de instrucción pa la inteligencia. ¡Ea, a vivir! ¡A la lucha por mejorarnos, que no sólo se defiende a la Patria en una trinchera; se defiende también en una escuela, que es donde se hace!

Abraza a los niños. PACO, hondamente impresionado, se apoya en su madre y se quita el sombrero ante el grupo de SALVADOR y los huérfanos.

DON ANTONIO

Descubriéndose a su vez.

Estamos en la tierra de Don Quijote.

TELON

*Fin del drama.*

## **Cuartillas de Federico Oliver**

leídas en el banquete celebrado en su honor  
en el Palace-Hotel.





## Señores y amigos míos:

Doy gracias de todo corazón por este cariñoso tributo de amistad, que al honrarme desmesuradamente no me hace perder, sin embargo, la percepción justa de mi escaso mérito ni la sensación adecuada de la firme voluntad que ha guiado mi propósito sobre las tablas de la escena. Dichoso el que tiene amigos, que los amigos toman nuestros aciertos como suyos y saben disculpar nuestros fracasos. Doy gracias a los amigos y también las doy a los que, sin serlo, han venido por simpatizar con la tendencia de mis obras dramáticas. Tengo que decirlos, señores, por lo que se refiere a estos últimos, que la adhesión de las personas desconocidas me llena de noble orgullo, porque no puede estar cegada, como la de los amigos, por el afecto ni puede justificarse tampoco por la admiración a la belleza de un drama como *El crimen de todos*, que tanto carece de belleza como está sobrado, eso sí, de buena intención. En esto permitidme que declare sin rebozo mi alegría, porque es una parte del objeto que ambicionaba conseguir; no recibo este homenaje como tributado a una obra de amena literatura, sino por haber dicho la verdad por boca de muñecos desgraciados, y la verdad es tan bella que bien merece el homenaje de los que,

sin conocerme, me han honrado, que no es a mí a quien se ha dirigido su simpatía, sino al soplo de verdad que alentó mis muñecos.

Perdón, señores, si estas palabras pueden parecer arrogantes o presumidas; pero estamos invocando a la verdad, y a los destellos de esta luz no quiero aparecer a vuestros ojos iluminado por una modestia que casi es protocolar en estos agasajos. Quiero decir que creo haber encontrado mi camino, porque vuestro entusiasta estímulo y el aplauso del público me coloca en él con firmeza. De todas mis obras he comprobado que sólo con *Los semidioses* y *El crimen de todos* he llegado a la verdadera entraña del público; que si con obras anteriores pude recibir benévolo aplausos, no pude, sin embargo, tocar la fibra, herir la sensibilidad del público en carne viva—permitidme la inmodestia—, y este grato resultado ha venido a probarme que en el actual y tremendo momento histórico no están las multitudes para las obras de arte puramente recreativas, para las obras de pasatiempo artístico, en que con un chiste culto, con una sentencia amable o con un frívolo cubileteo de palabras ante una mesita de té—siendo la tetera más protagonista que la criatura humana—, bastaba para entretener el aburrimiento del público en los felices años anteriores al actual cataclismo, que cierra, con la sangre de medio mundo, un ciclo histórico para alumbrar la vida de un nuevo mundo, tan próximo y tan ignoto, que tiemblan por conocerlo los patriotas de todas las patrias. Por eso yo, señores y amigos míos—y permitidme que hable de mí *yo*, con

la promesa firme de hacerlo por última vez—; por eso yo, que amo a mi país ardientemente y reflexivamente, he resuelto en la humildad de mis medios poner mi arte, poco o mucho y sea cual sea, al servicio, no del arte por el arte, sino del arte por el bien y la utilidad de mi patria. He considerado, señores, que los actuales momentos, en que naufragan civilizaciones y están por nacer nuevas sociedades, el arte nacional ha de ponerse en consonancia con la dignidad trágica del momento en que vivimos.

¿Y qué misión más noble para el arte que educar al pueblo? ¿Y qué pueblo más necesitado que el nuestro de voces generosas que vengan de la escena, del libro, de la tribuna, del periódico, para inducirle al amor, para enseñarle el deber, para advertirle el peligro, para mostrarle sus vicios, para rendirle justicia y poner ante sus ojos un ideal redentor de que carece? Únicamente así podremos prepararnos para ser un pueblo masculino en la grave crisis que a todo andar se nos viene encima. Hay que decir la verdad en todos los tonos, y la verdad española es tan triste, tan amarga y tiene tantos y tan complicados aspectos, que bien puede afirmarse que España entera está inédita para el teatro, porque lo está para nosotros mismos, para nuestra propia percepción, que está engañada a fuerza de querernos engañar. Desconocemos a España en este Madrid, que es una gran tertulia de café, compuesta de amigotes arribados de provincias, cuya sensibilidad, acorchada por el chiste y el colmo, no advierte el clamor que sube de los campos estériles en que los hombres son peores que

siervos; no siente el gemido de las multitudes que abarrotan los trasatlánticos buscando nuevas patrias donde morir; no quieren enterarse de que media España se muere de hambre del cuerpo y la otra mitad de hambre del espíritu. Es necesario, es urgente que arrojemos la máscara de falsa alegría que cubre nuestras miserias, y que a toda prisa trabajemos por nuestro destino, por la patria de nuestros hijos, que, sin nuestra resolución vigorosa por mejorarnos, han de verse sin patria en un mañana tan cercano, que está llamando a nuestras puertas... Y ya que el mundo es campo de batalla y llega a todas partes el olor de la pólvora, cumplamos todos con nuestro deber y declaremos nosotros los artistas el arte en estado de guerra para movilizar los espíritus... Que no ha de ser todo contemplar impávidos cómo se destrozan los pueblos, pensando cándidamente que después de la paz seguirán las cosas como antes. No, y mil veces no; aprovechemos los momentos para luchar dentro de nuestro propio solar con nuestros males y presentarnos fortalecidos con la victoria sobre nosotros mismos ante el futuro vencedor de fuera.

Esta es, señores, la Musa inspiradora del teatro que quiero escribir. Con arte de cirujano y de poeta hay que trabajar en estos tiempos. Poco me importa que me digan que el género no es literario. Por más que yo creo que sí, que el arte en que me declaro profeso es tan viejo como el primer trágico: Esquilo, que compuso el primer drama social y patriótico: *Los persas*.

Perdonadme, señores, que después de un ban-

---

quete me haya puesto demasiado serio. Fué buena mi intención, a la manera de aquellos antiguos egipcios, que al final de los festines mostraban a los convidados la fealdad de una momia en su ataúd. Con ello recordaban a los vivos que tenían que someterse al juicio de los muertos. Yo quisiera recordar a los muertos que han de someterse al juicio de los vivos.

---



## Juicios de la Prensa acerca de esta obra

---

“Ese abogado que quizá con el mejor deseo hace equilibrios en el Código y chanchullos con el Jurado, comete, sin saberlo, un crimen más grande que el tuyo, porque tú mataste una mujer indefensa, pero él asesina la dignidad, la confianza en la ley.”

(Oliver.—*El crimen de todos.*)

Federico Oliver ha escrito un drama noble y fuerte contra el matonismo llamado pasional. He oído decir a muy sabios censores que la obra es agria y repugnante, que el medio social en que se desarrolla es demasiado bajo (¡todavía andamos por ahí!), que el autor declama con la boca de sus personajes...

A elogio me suena esa crítica. Porque, en efecto, Oliver marca un extravío social, y es forzoso que le muestre allí donde se da, y con sus repugnantes acritudes, y que le condene del único modo que puede hacerlo: poniendo en los sujetos de la tragedia lo que él piensa y siente. Obras esta índole sólo merecen condenación cuando no es cierto el mal que señalan o cuando no lo señalan con claridad. Y, desdichadamente, ni es mentira lo que pasan en



*El crimen de todos* ni las pinceladas del dramaturgo se apartan de una realidad precisa y bien conocida.

La flagelación del Sr. Oliver es tan enérgica como justa, y a todos alcanza: al «chulo» (permítaseme protestar de ese calificativo, que tiene acepciones madrileñas honradísimas, y al que por manía se prostituye), que mata cobarde y estúpidamente a una pobre mujer por móviles de vanidad, de sensualismo o de mafeza; a las hembras histéricas, exhibidoras de un masoquismo de folletín; a los jurados fácilmente sugestionables por una oratoria efectista y depravada; a los periodistas que consagran preferente y amplio lugar a la divulgación de esa podredumbre, siendo en éste como en otros tantos casos, inconscientes propagadores de la infección y de un modo muy singular, al abogado que, defendiendo habitualmente los delitos de tal especie y poniendo a su servicio esas degradaciones del espíritu humano que se llaman «travesura» y «verbosidad», logra constantes absoluciones, que le dan fama y le llevan incluso a puestos señalados en la política; por donde se advierte la paradoja de que se puede llegar a ser defensor de la sociedad con el único título de haberse dedicado a dejarla indefensa.

Al caer el telón, brota, espontánea, en cada espectador, la misma pregunta: «¿Hay derecho a ser *criminalista*?»

—

No es lo mismo ser criminalista que actuar en los Tribunales de lo criminal. En la jurisdicción penal ordinaria, lo mismo que en la civil, y en la administrativa, y en la militar, y en la eclesiástica, pueden darse casos merecedores de amparo, y el prestárselo no sólo es lícito, sino obligado y enaltecedor. Concedo más todavía. Al margen de la justicia pueden ofrecerse, por excepción, razones de mi-



sericordia que expliquen la defensa de un delito indisculpable, y también en casos aislados influyen en esas actuaciones profesionales compromisos de amistad, fenómenos de inexperiencia... o estímulos del hambre. El hambre togada es un explosivo.

Pero el criminalista no es eso. Criminalista es quien por costumbre, por sistema, todos los días sube a los estrados para pretender la absolución del homicida, del ladrón, del violador y del incendiario; quien funda en la prosperidad de esas injusticias su posición económica, su orgullo profesional, su popularidad y su encumbramiento; quien padece de tal inversión moral que juzga mayor el triunfo cuanto más horroroso es el crimen que logra dejar impune; quien no usa su palabra para elevar a los jurados al alto concepto de la justicia, sino que la vilipendia lo necesario para nivelarla con la mentalidad del más torpe de los jurados, quien acepta cual cosa natural que sean colaboradores de su obra la presión del cacique y el tráfico en la taberna; quien, en suma, labora por que el Código penal sea letra muerta, por que el Jurado (institución de admirable fundamento) frustre su función y porque la sociedad, sintiéndose abandonada de la más indispensable tutela, vuelva sus pasos al salvajismo y a la anarquía.

No, no hay derecho a ser criminalista y a exhibir esta especialidad con igual serenidad que el médico anuncia la de oculista o la de tocólogo. Se dan casos en que es perfectamente justo negarse a pagar una deuda o a desalojar una finca, y, sin embargo, no hay abogados especialistas para no pagar las deudas ni para resistir a los desahuciados. De igual suerte, es justo defender a tal o cual homicida; pero no lo es consagrarse a defenderlos a todos.

Discurriendo sin preocupación, sería difícil hallar excusa admisible al criminalismo. Tan singular función está fuera de las reglas de la abogacía.

El criminalista, ¿pide lo que buenamente procede en cada caso? No, solicita siempre, y ante todo, la absolución del reo, aunque sólo sea «por si pasa». Así es que se pone la toga, no para patrocinar una tesis lógica, sino para jugar a los dados.

¿Protesta el criminalista contra una legislación anacrónica? No. Por muy malo que sea el Código, jamás podrá ser sustituido por ninguno en que se declare lícito que nos matemos unos a otros.

¿Es el criminalista representante de una tendencia de piedad, que florece como gala del alma? No. En la mayoría de los casos no es el procesado, sino la víctima, quien merece la corriente benéfica; y sería piedad muy chusca la que tendiese a procurar la exculpación del matador, escarneciendo al muerto y a su familia.

No, no es ese menester del criminalismo cosa ajustada a la abogacía. El romancero del Cid pone estas palabras en boca del apóstol Santiago:

«Caballero soy de Cristo,  
ayudador de cristianos  
contra el poder de los moros,  
y de ellos soy abogado.»

Cuando el abogado cree que le está igualmente permitido ser ayudador de los moros contra los cristianos se derrumba la abogacía ¡y hasta el romancero!

Es la abogacía magisterio eminentemente social. No se ejerce tanto para que el anhelo individual triunfe, cuanto para que en la sociedad prevalezca el bien por los caminos del Derecho. Función social hace el abogado cuando sostiene la unidad de la familia, cuando encauza las institu-

ciones a que se aplica la riqueza nacional, cuando vela por el cumplimiento de las leyes obreras, cuando apacigua las ruinosas intransigencias de pleitistas obcecados, cuando sostiene al inocente contra el error que puede anonadarle y al que se encuentra aislado frente a una opinión apasionada. De la conducta de los letrados depende, en gran parte, que los pueblos opten entre la justicia y la violencia, tengan fe o sean pesimistas, se encierren en la disciplina o se entreguen a la disolución.

Cuando aquéllos quebrantan su misión en cualquier orden, realizan una obra demoledora, porque — como dice Oliver — «asesinan la confianza en la ley». Y si tal cosa fuera plausible, o siquiera tolerable, habría que dar la razón a Napoleón cuando nos llamaba facciosos y artesanos de crímenes.

No somos ni podemos ser eso. Fué el propio Napoleón quien, a los pocos años de proferir el insulto, restableció el Orden de los Abogados. — *Angel Ossorio*.

(*La Acción.*)



El Sr. Oliver teje en tres actos de fina prosa episodios y cuadros con trozos de la vida real, tomándolos como términos de un problema que importa resolver por decoro social de nuestro siglo: la amputación del matón y del chulo que por despecho mata a la mujer amada.

.....

En esta labor, bien intencionada, del Sr. Oliver, se descubren trozos idealmente pensados que la vida le ofrece cuando abre sus entrañas. Los sentimientos que brillan en los labios de Eusebio; las palabras de exculpación para la conducta de Paco, que brotan del corazón de la madre; la mezcla profundamente humana de bien y mal, de alegría

y de dolor, que se difunden por el ambiente de la portería, cuando un hijo se levanta para el trabajo después de una noche de lectura y descanso, mientras el otro se halla ausente del lecho que dejó vacío para consagrarse a la orgía, destrozando así el corazón de la madre, que lo adora, sin encontrar compensación en los reproches del otro hijo almidarado, son esencias que sirven a maravilla para la educación social.—*Gerardo Doval*.

(*El Liberal*)



Hoy se celebra un banquete en el Hotel Palace para festejar el éxito obtenido por D. Federico Oliver con su drama *El crimen de todos*. Yo me asocio al homenaje: primero, por sentimientos de simpatía y amistad hacia este escritor, y luego, porque tengo en mucha estima su obra dramática. Los grandes empeños merecen aprobación, aun cuando no salgan del propósito; admiración, si se logran, y si se frustran, alientos. Nadie negará que el Sr. Oliver ha acometido siempre en sus obras empeños grandes, hayalos llevado o no a feliz cabo, que en esto las opiniones discrepan. El Sr. Oliver ha probado a producir el drama y la tragedia históricos, el drama regional, el drama social, la tragicomedia; en suma, todas las formas nobles de la dramaturgia. Jamás ha tomado la pluma sino movido de altos y generosos pensamientos. No es esta ocasión de disertar sobre los méritos de la obra completa del señor Oliver. Aun concediendo que esta obra no abunde en bellezas formales y primores retóricos, lo cual es discutible, siempre le quedará lo ambicioso de las concepciones e innegable nervio patético. Y entre una obra apañada y habilidosa en la forma, pero estéril y enteca en el fondo, y otra obra rica de intención y de motivos, aunque ingenua

en la forma, y, por tanto, susceptible de comentarios maliciosos y satíricos, yo siempre me inclinaré en favor de la segunda.

Deseo apuntar unos breves comentarios a *El crimen de todos*, que no he visto todavía. Se puede presumir el valor, y desde luego el carácter de una obra dramática, sin haberla visto. Entre los críticos teatrales españoles ha sido costumbre inveterada juzgar de las obras sin acudir a presenciarlas, sin duda para huir la pasión o impresión del momento, perturbadoras de la crítica ecuanimidad, o bien para no dejarse influir por las nocivas y contradictorias opiniones corrilleras que se suelen aventurar harto ligeramente en los estrenos.

Yo, crítico bisoño, es natural que me acomode a esta norma tradicional. No he podido ver todavía *El crimen de todos* porque acabo de llegar a España. Pero leí las críticas de los periódicos. A través de las críticas de los periódicos se puede uno dar idea de una obra. Por ejemplo, recuerdo una obra estrepitosamente aplaudida, de cierto autor muy a la moda. Al día siguiente escribía un crítico, sobre poco más o menos: «No cuento el argumento por no perjudicar el interés de los que vayan a ver esta hermosa obra.» Y el lector discreto pensaba a seguida: «¿Conque una obra que pierde su interés conociendo de antemano su argumento? Tate. Es una obra mala.» Si el interés de una obra consistiera en desconocer su argumento y en proponer conjeturas sobre su desarrollo y desenlace, claro está que no habría obras clásicas ni obras de repertorio. Como era de esperar, aquella obra estrepitosamente aplaudida no quedó de repertorio.

En la Prensa leí el argumento de *El crimen de todos*, y, la verdad, no creo que con esa publicidad pierda la obra. De la relación del argumento deduzco que *El crimen de todos* trasciende de la esfera del arte a los dominios de la



ética social. Es eso que llaman una obra de tesis. Para mayor seguridad, algún crítico nos advierte que, en efecto, es una obra de tesis, y añade que esto está mal, porque el arte no debe contener tesis.

Tengo entendido que el Sr. Oliver y los Sres. Alvarez Quintero son fraternales amigos. Cuando hablen entre sí y toquen por ventura el tema de la crítica teatral, no dejará de sorprenderles este fenómeno curioso, de que a los unos les ponen el reparo de que escriben obras sin tesis y al otro de que escribe obras con tesis.

Esto de la tesis en el teatro de seguro trae a mal traer al observador de buena voluntad. Sale en una comedia un cocinero, o un automovilista, o un enamorado, y la crítica reputa natural que hable de guisos, de automóviles o de amor. Todo esto se acomoda a las pragmáticas del arte. Pero sale un filósofo, o un propagandista político, o un hombre justiciero, y la crítica no admite que hable de filosofía, siquiera sea en términos llanos, ni de política, ni de la justicia social, porque esto es tesis y no arte.

La tesis de *El crimen de todos* parece ser el matonismo amoroso; esa forma agresiva de la virilidad española a la cual se ha de someter la hembra, *velis nolis*, so pena de muerte, cuya fórmula cómica expresa el cantar popular:

«O te rindes a mi amor  
o te pincho en la barriga.»

Hay un tópico sobre el temperamento español, admitido por inconcuso entre españoles y extranjeros; el español es el arquetipo del hombre romántico. Por lo que respecta a la pasión amorosa, el español es justamente el antípoda del arquetipo romántico. Las primeras raíces del amor romántico vienen, históricamente, de Platón. En la Provenza del medioevo, el amor romántico da color y personalidad

a toda una cultura. El *Código del amor*, compuesto por numerosa corte de damas y galanes, del cual nos da cuenta André el *Capellán*, estipula en su art. 81 que nada impide que una mujer sea amada por dos hombres a sabiendas de ambos. Modernamente Werther es el arquetipo del amor romántico. El buen enamorado romántico, cuando no es correspondido, no mata a la amada, se mata él.

Sin embargo, pasa como realidad el romanticismo amoroso de los españoles. Pero el arte es una realidad más verdadera que la realidad tópica. En este sentido, en *El crimen de todos* hay una esencia de arte.—*Ramón Pérez de Ayala*.

(*El Imparcial*.)



Todos los días el chulapismo, secuela del flamenquismo, vicio que tiene gran arraigo en el pueblo español, hace sus pobres víctimas entre nuestras diversas clases sociales. El mal es de intensa raigambre y muchas las causas que lo sostienen: egoísmo, falta de cultura, pobreza de educación, inmoralidad ambiente. De todo ello participa el prototipo de semejante clase de vida: el chulo. La protesta contra estos seres, producto de una sociedad degenerada, son de oído a oído, sin que alcancen una importancia beneficosa. Al matón, seguramente sin ser esas las intenciones, se le glorifica y ensalza: desde el abogado, que hace escabel de sus triunfos, la en buena ley imposible defensa de su defendido, y que con los manejos del Jurado logra la libertad del vulgar homicida, hasta la Prensa, que hace pasto de la pública curiosidad lo que debía permanecer callado, que populariza al asesino con informaciones gráficas, truculentas y llenas de palpitante interés, todos contribuyen a que el mal, funesto y degradante,

en lugar de tener una sanción justa que lo condene por repugnante, encuentre una aureola populachera, que en su día puede ser utilizada como arma de combate por cuantos hacen de la folítica un oficio y de la honra propia una carga demasiado ligera y fácil de arrojar por la borda.

*El crimen de todos*, la última producción de Federico Oliver, en buena hora llevada al teatro, truena admirablemente contra esta manera de ser, tan común, por desgracia, en nuestra sociedad. El autor dispara con batería del 42, y lo hace como consumado artillero, que fija seguramente la puntería, sin desperdiciar un sólo disparo, ya que todos logran el codiciado impacto en el blanco.

.....

Sociológicamente, la obra anoche estrenada en el Español tiene vital importancia. El autor denuncia, fustiga y señala males, pero al lado; y de manera que hasta el más miope pueda verlos, coloca los medios de combatir, de separar, extirpándolo por completo del cuerpo sano, el acceso purulento. En este orden de ideas, la nueva producción es un señaladísimo acierto. Y como al indicar el remedio, las soluciones son las mismas que en buena moral pudieran ocurrírsele al más exigente, véase por dónde la obra no sólo nos parece aceptable, sino aceptabilísima.

En síntesis, en *El crimen de todos* se condena el flamenquismo, pero al hacerlo, como consecuencia natural y como si éste fuera un eslabón no más de la cadena de abyecciones que enlazan espiritualmente al bajo pueblo español, el autor acremente censura otros vicios, derivaciones del matonismo, que son como una gradación de la chulapería, invadiendo a las distintas clases sociales. Y con la misma fuerza, con idéntica vigorosa intensidad, se clavan en la picota del escarnio esos males, que son en España plaga, del abogadismo, el caciquismo y demás congéneres, dueños del estádio público y amos del cotarro, que man-



gonea en la política nacional. Sólo por esto, por semejante calentía en el ataque, hoy en desuso en la mayoría de los que escriben, Federico Oliver merecería el aplauso de las personas sinceramente honradas. Y este aplauso anoche no le faltó, y de la misma galería era desde donde se le tributaban más calurosos y entusiastas.—*Gregorio Campos.*

(*El Correo Español.*)



Nada hay que oponer al propósito de Federico Oliver. El crimen llamado pasional abunda en España, y en muchos casos es sólo producto de la vagancia, del achulamiento y del matonismo. Combatir esto es hacer labor nacional, y nos parece respetable.—*Tomás Borrás.*

(*La Tribuna.*)



La falta de educación es un mal que va corroyendo poco a poco nuestra sociedad. Este mal se advierte más claramente entre las clases humildes, a quienes la escasez de medios de instrucción y otra porción de causas han ido atrofiando los sentimientos de dignidad y nobleza propios de la raza.

Claro es que hay excepciones, pero éstas son las menos, y los exceptuados son tachados de «cursis».

Consecuencia de esta relajación de sentimientos ha sido la *chulería*, con todo el acompañamiento de frases y acciones groseras, desplantes ridículos y actos «pasionales» de matonismo.

Y la sociedad, esta compleja maraña urdida con hilos tan sutiles que a todos llega y a todos confunde, no sólo permite su existencia, sino que con su fallo la aprueba,

haciéndose cómplice de delitos y horrores, y fomentando de este modo el estado de miseria moral en que vivimos.

.....

*El crimen de todos*, que ha de ser obra muy discutida, pone nuevamente de actualidad interesantes problemas jurídicos y sociales, muchas veces planteados.—*Guillermo Fernández-Shaw*.

(*La Epoca.*)



No son ironías, ni ataques suaves los de sus obras; son palos, argumentos contundentes que hacen brotar la sangre, o que al menos nos la hacen subir a las mejillas.

*El crimen de todos* es el crimen pasional, salvaje, alevo, premeditado, que comete uno y del que son cómplices, según el Sr. Oliver, el ambiente, el pueblo de sainete, el Jurado y la Prensa. Para decir esto no da rodeos, ni emplea eufemismos. La verdad cruel, restallante, cruza como una fusta la cara de los espectadores, acaso con un poco de injusticia en lo que se refiere a los periódicos que, desde hace mucho tiempo, cuando ocurre un crimen pasional, dedican columnas enteras a condenar el hecho.

(*El Parlamentario.*)



Anoche se estrenó en el teatro Español el drama en tres actos, de D. Federico Oliver, *El crimen de todos*. El público aplaudió con calor y con gratitud los tres actos del nuevo drama, para cuya simpática, honrada y saludable tendencia todo elogio, por exaltado que sea, nos parece parco.

.....

El Sr. Oliver expone en su drama la asquerosa llaga social del matonismo y la chulapería, que, según cuida de recordarnos uno de los personajes, existe, bajo distintas formas y con varias aplicaciones, en todas las clases sociales. De estas formás de cobardía el Sr. Oliver ha elegido para su drama la más odiosa e indignante y más cercana a la vista de todos: la de los asesinos de mujeres, disculpados en la enfermiza sensiblería del pueblo y exculpados en ocasiones en la de los jurados con el novelesco dictado de criminales por arrebató amoroso, "pasionales". —  
A. L. E.

*(Heraldo de Madrid.)*



Nos demuestra Federico Oliver que esto no puede seguir así. El matón impera en todas partes: en la vía pública, en la taberna, en el garlito, en el burdel. Las mujeres son objeto de las mayores villanías; el matón las explota, y, cuando ya no le pueden ser útiles, las abandona a su suerte. Al chulo "hay que quererle", según su propio lenguaje, y si una infeliz, harta de vejaciones y vilipendios, le huye un buen día, el chulo, como es un "hombre", apresta su navaja o su pistola y pone así término a la vida de la desgraciada amante. El chulo no está aislado en el medio social. Todo le envalentona y le hace inmune. El pueblo, simbolizado por los jurados, está de su parte. Y después de cometido su delito, contra la indefensión de una mujer, el chulo recobra, al cabo de no mucho tiempo, la libertad y el derecho a igual trato que las personas decentes.

A Paco le acontece eso mismo. Mata a su novia, ingresa en la cárcel, el Jurado le absuelve, y aquí no ha pasado nada.

«Sí, ha pasado—grita, aproximadamente, en un arrebatado de iracundia, Salvador—. Sí, ha pasado, y es que un criminal que debía permanecer muchos años purgando su falta, está en la calle, mientras los hombres honrados luchan penosamente en sus oficios y pelean calladamente por ambiciones nobilísimas, casi nunca logradas. Entre tanto, los ídolos del pueblo inculto seguirán siendo el matón, el cacique y el torero.»

Y las anteriores palabras, mezquinamente transcritas por nosotros, las pronuncia el hombre bueno, a la vez que sus manos descansan, como prometiendo una regeneración indudable, sobre las cabecitas de dos niños, los hermanos de la muerta, que era el sostén moral y material de las criaturas.



El drama de Federico Oliver es, en su esencia, algo de eso. El problema de *El crimen de todos* se plantea con laudable entereza de espíritu. Ni un sólo momento decae la atención del público, y especialmente sube de punto en algunas fuertes y sobrias escenas del segundo acto. Los tipos episódicos poseen un colorido animado y vibrante. Si nos permitieramos reprochar el tono oratorio que algunos de los personajes emplean, no obraríamos con justicia. Oliver ha escrito una obra de propaganda, y la elocuencia sienta bien en trabajos de esa índole.

Oliver fué aclamado ruidosamente.—*Bernardo G. de Candamo.*

(*El Mundo.*)



Federico Oliver no va sólo contra el matador de mujeres, sino que, con justa visión del problema que el caso

encierra, extiende sus ataques briosa y noblemente contra el clima social en que el mal se produce. La simpatía de las clases populares, fácilmente sugestionables por las apariencias sentimentales del bárbaro crimen; la benevolencia con que el Jurado trata al autor de uno de esos asesinatos; la aureola de majeza con que la ignorancia y el atávico romanticismo del vulgo español envuelve al criminal a quien los Tribunales absuelven en atención a la índole especial del delito, hallan en Federico Oliver un fustigador implacable.

.....  
Sana es la tendencia que revela la obra, y no seremos nosotros quienes regateen su aplauso a un autor que intenta llevar a la escena problemas que afectan a la salud del espíritu colectivo.—*Alberto Marín*.

(*La Acción*.)



Ya conoce todo el mundo, por las reseñas de la Prensa, el asunto del drama del Sr. Oliver, estrenado con tan buen éxito en el Español. En esa obra se plantea el caso del chulo presumido y soberbio que exige que una mujer que le admitió, creyéndole enamorado y honrado y trabajador, y de buenos fines, siga queriéndole después de conocer que no es sino un vago, un vicioso y un rufián, y, que en vista de que ella así no lo tolera, la acecha y la mata a traición.

El Sr. Oliver pone de manifiesto ante el público lo repugnante de ese crimen, y lo convence, hasta llevarlo a la unanimidad del aplauso. Fuera del valor técnico y literario de la obra, ¿cómo no estimar lo que hay en ella de lección de moral? A muchos que la presenciaron hemos oído que será de una sana transcendencia. Indudable es

que, en adelante, los que recuerden *El crimen de todos*, sean periodistas, sean literatos, sean jueces de hecho, ni disculparán ni absolverán al matón, sin oficio ni beneficio, sin nada que perder, a quien no le importa dar muerte, esperando en una absolución o en una leve pena, que pronto le permita volver a ser el "gallito del barrio."

Quien niegue que el teatro, además de recreo, sea escuela, buena o mala, de costumbres, en esa obra del señor Oliver encuentra la refutación. Al escucharla, muchos espíritus han rectificado, muchos han caído en la cuenta de que los homicidas pasionales que andan sueltos e indemes por ahí, debieran estar bien encerraditos; y muchos, ascendiendo desde el espectáculo teatral a hondas y serias reflexiones, han comprendido que en el Jurado, en el juez impresionable e irreflexivo de ocasión, no puede haber jamás la serenidad, y, con ella, el acierto de quien de por vida se advocó a los altos y puros menesteres de la justicia.

(*El Universo.*)



¿No son dignos, más que de compasión, de desprecio, quienes abusan de la fuerza, de la superioridad del sexo para sacrificar y matar a las pobres mujeres, que no siempre se hallan dispuestas a satisfacer los caprichos, las viciosas pasiones del hombre degenerado, del chulo?

La mayoría de las veces el Jurado, el pueblo, absuelve a los autores de crímenes "pasionales".

He ahí lo que Federico Oliver llama con mucho acierto, muy propiamente, el crimen de todos. Porque todos, la sociedad en general, y en su representación los jueces populares, se compadecen y juzgan casi siempre limpios de delito a esos chulos, a esos matones que cometieron el de-



lito, el crimen acaso más repugnante de todos los que tienen sanción en el Código.

Dicho queda que la obra, la hermosa obra del ilustre Federico Oliver, no obstante su gran intensidad dramática, que pone en tensión los nervios y lágrimas de amargura, de mucha amargura en el corazón y en los ojos del espectador, obtuvo un éxito que el Sr. Oliver puede apuntarse sin ninguna duda entre los mayores éxitos que su labor literaria le ha proporcionado. —*F. González-Rigabert.*

(*El Globo.*)



Federico Oliver ha tenido un éxito clamoroso en su nueva obra *El crimen de todos*, estrenada anoche en el teatro Español.

Este éxito es tanto más halagüeño cuanto que él significa, no ya el acierto de una producción más, sino el triunfo y el entronizamiento de una nueva tendencia.

Hasta anoche, Federico Oliver, en la meritísima labor que emprendió hace muy pocos años, ha ido adaptándose cada vez más al arte escénico; es decir, ha ido infiltrándose cada vez más en esa única extensión universitaria que a todas las muchedumbres alcanza.

Anoche Oliver ha logrado, al fin, ponerse en pleno contacto con ellas; y ha conseguido sojuzgarlas por el magnífico destello con que les ha alumbrado el triste cuadro de la vida real española:

Desde hoy esas muchedumbres sabrán comprender perfectamente a su nuevo domador, y la crítica tendrá que rendir su último baluarte en la viejalucha por el arte sin finalidad, del arte por el arte, que tan nobles esfuerzos ha malogrado en tantas ocasiones.

Con el éxito de anoche, una nueva tendencia viene a

predominar en el teatro; surge una nueva concepción del arte teatral, y un nuevo nombre llega a inscribirse en la galería de nuestros grandes dramaturgos, para honra del teatro español.

Si se puede hablar de un «teatro Echegaray» y de un teatro galdosiano, benaventino, etc., desde ahora habrá que hablar del teatro de Oliver.

Si Echegaray nos efrece el drama que provoca una idea en una época, y Galdós ha escrito el drama de la Humanidad en la Historia, y Benavente el drama psicológico del individuo en la sociedad, Oliver viene a mostrarnos el drama que provoca la Historia al contraste con los instintos de un pueblo.

Este pueblo es España, dominada aún por los instintos cuando la sorprende el triunfo de la libertad. Y las instituciones que esta libertad crea, el sufragio, el Jurado, la libertad en la escena y en la Prensa, sin una simultánea influencia de educación social, sirven para afirmar el predominio de los instintos y producen el caciquismo, la impunidad, el matonismo y la exaltación de la torpe vanidad.

Son dos hijos de una misma madre, y mientras uno, Salvador, «obrerito laborioso con ribetes de sabihondo», aspira a redimirse, ilustrándose, mejorando su condición social, y se rebela contra la cuquería, la injusticia y la impunidad y siente herido su patriotismo viendo simbolizada a España por el estoque ensangrentado en el morrillo de un toro o por la faca chula en manos de un matón celoso, el otro hermano, vago, jugador y matón, cifra su honor en tomar por la fuerza el amor de una mujer, y mata, y encuentra al abogado que se vanagloria de ponerle en libertad, y al Jurado que se emociona ante el drama de los celos, y al pueblo que exalta el crimen pasional.

Es un contraste durísimo, aplanante, que agobia y en-



corvaría el espíritu para siempre si el optimismo fuerte del autor no llegara a tiempo para reincorporarle.

No puede ser sólo el aplauso que se concede a un autor dramático afortunado. Oliver merecerá del pueblo español algo más que eso: el homenaje a un gran patriota y a un gran ciudadano. — X. K.

*(El Socialista.)*



La honradez del propósito y la valentía de la exposición conquistaron, desde luego, para Federico Oliver toda la simpatía del público, que no se consideró perdedor al experimentar, en vez de emoción, un vivísimo interés didáctico, por decirlo así. Las frases, tajantes como afilado cuchillo contra la chulería, los matadores de mujeres y las instituciones y costumbres, cómplices de estos «crímenes de todos», arrancaron merecidos aplausos. Celebráronse mucho escenas episódicas, en que el comediante hizo campar su observación y su gracia. Y al final de cada acto una ovación unánime llamó al autor al proscenio. — *Carlos Roig.*

*(España Nueva.)*



Federico Oliver no puede librarse de las negras pesadillas materialistas de sus ensueños de poeta. Ve cómo sube la marea de la chulería imperante y despótica, no sólo en las clases bajas de la sociedad, sino también en aquellas menos democráticas, tendiendo a un rebajamiento social que implica un estado morbos, con mengua de su decoro, poniéndose al nivel de la multitud. Ve a ese matonismo artero y cobarde que asesina todos los días en la calle a pobres mujeres indefensas porque no satisfacen o siguen satisfaciendo sus vicios, y al mismo tiempo utilizado y so-

licitado por los buscavidas de la política. Contempla a la noble institución del Jurado vacilante entre la sensiblería que ofusca el juicio y el cohecho que anula la razón hasta el punto de hacer perder la fe en la justicia, y trata de poner un dique de contención a ese desbordamiento de aguas viciadas de utilitarismo que asfixian con el aire enrarecido y en donde toda vida es imposible.

Mas como en tanto que exista el corazón del hombre el ensueño y la aspiración noble y levantada seguirán formando parte de la vida, siempre habrá quien llore y suspire, ame o anhele la cultura y rinda su espíritu a la generosidad y a la fe de los grandes principios con toda la entereza de sus más firmes convicciones.—*Joaquín Sanz Ramos.*

(*La Correspondencia Militar.*)



En *El crimen de todos* el autor ha llevado al teatro con su tesis la necesidad de rectificaciones morales que se acomoden a una mejor disciplina y bienestar social. La obra, pues, debe de incluirse entre las del arte sano y fuerte, que no para en frivolidades y va derecha a la inteligencia.

Este arte, por supremacía, hace algo más que entretener: observa las penas de la vida, estudia al hombre, analiza su ambiente y descubre las causas de las enfermedades sociales. A este arte, por el hecho de su trascendencia, le llamo grande, y le diferencio de aquel otro, que se contenta con hacer pasar el rato.

Los personajes guardan relación con las ideas que van en la obra. Son retratos hechos, no con palabras, sino con acciones. Sólo un rico y brillante pincel puede alumbrar el amor ciego e instintivo de la Maternidad, que se desata sin fuerza reguladora; la figura del chulo, matón y alcohol.

lico, es de gran complejidad y vigor; la del obrero atacado de idealismo y que ambiciona desembarazarse de la pesadumbre de su procedencia; la del abogado, candidato y cacique, de moral acomodaticia; la de la moza, que se rebela contra las injurias del novio; la de aquella otra, orgullosa de tener un hombre de redaños, que sabe querer y matar, son todos personajes de valientes rasgos, que el autor supo sacar vivos y verdaderos con admirable maestría.

.....

En resumen: *El crimen de todos* es un drama valiente y bellísimo que rompe los moldes de nuestro teatro actual y que quedará de repertorio sirviendo de enseñanza a la dramática española.—*Enrique D. Madrazo.*

(*El País.*)

¿Qué es *El crimen de todos*?

Un cuadro de la vida, arrancado de la realidad, despojado de pensamientos y concepciones literarias; pero con un fondo de realismo descarnado y frío, que llega hasta nosotros entre convulsiones de epiléptico, que nos emociona y nos conmueve.

Todos conocemos lo que los juristas modernos han dado en llamar «El crimen pasional». Pues ese es el drama de Oliver: un crimen pasional, pero hondo, sentido; un crimen nacido al calor del vicio, que toma forma y estado psicológico en los analfabetos y en los vagos, en la gente del hampa y en los formados con carne de presidio.

¿Acertó Oliver al llevar a la escena ese cuadro arrancado de la realidad misma? Si la crítica ha de ser sincera, hemos de confesar que el ilustre dramaturgo, con *El crimen de*

*todos* ha revolucionado el sentido moral que debe engendrar el teatro moderno.—*G. Puertas.*

(*Los Comentarios.*)



Queda también—y esto si que es hondo y trascendental—la sumisión atávica de la mujer ante el amor violento y agresivo del hombre. Y esta sumisión, que asoma ya al principio de la obra en las frases de una criada (recibida con asentimiento y aplauso por el público), que se manifiesta en la pobre Amalia, maltratada y en peligro de muerte, y que toma forma admirativa en boca de las mozas que acompañan a la señora Paula, es un acierto que hace honor a la sinceridad artística del dramaturgo.

.....

Técnicamente, la obra no merece ningún reparo grave. Yo, que soy enemigo irreconciliable del empleo de los niños en el teatro (por razones de arte, entiéndase bien), reconozco que el Sr. Oliver los necesitaba para su plan, y que ha usado de ellos con discreción plausible. Merece mención especial el habla de los personajes, anotado con una escrupulosidad poco frecuente en el teatro. Singularmente Paco, su madre y el electricista, son de una exactitud casi fonográfica.—*Julio Casares.*

(*La Nación.*)

## Dos valiosas adhesiones.

---

26 de noviembre 1916.

Mi querido y admirado amigo:

Muy de veras lamento no poder sentarme en el banquete que se celebra en su honor y significarle la alta consideración que siente por toda su obra dramática, no superada hoy por nadie en España, su amigo que le estrecha la mano.—*Valle Inclán.*

Noviembre 27.

Sr. D. Federico Oliver:

Mi estimado amigo: aunque con retraso, por haber estado embargado estos días por ocupaciones que no me dejaban pensar en otra cosa, me asocio al general aplauso que ha merecido su drama y que ha tenido pública manifestación en el homenaje dedicado a usted.

*El crimen de todos* me ha interesado y me ha impresionado. Ha sabido usted dar forma muy elevada y artística al sentir colectivo de muchos que protestan contra la brutalidad de los llamados crímenes pasionales, contra la chulería y también contra la lenidad y la indiferencia sociales, que tolera estos casos. Su afición a hacer teatro social (la de usted) me parece muy conforme al espíritu actual del arte y propia para restaurar en la dramática el decaído concepto de «escuela de costumbres».

Le estrecha la mano.— *E. Gómez de Baquero.*



## OBRAS DE FEDERICO OLIVER

---

- La muralia.**—Drama en tres actos.
- La juerga.**—Drama en tres actos.
- La neña.**—Drama en tres actos.
- Mora de la sierra.**—Drama en tres actos.
- La esclava.**—Poema dramático en cinco actos.
- Los semidioses.**—Tragicomedia en tres actos.
- Los demonios se van.**—Tragicomedia en dos actos.
- Aníbal.**—Tragedia en cinco actos.
- El crimen de todos.**—Drama en tres actos.







TRES PESETAS